



## ALGUNOS ASPECTOS DE LA DISCIPLINA PENITENCIAL EN EL SIGLO III \*

*Juan Moya Corredor*

SUMARIO: INTRODUCCIÓN.—I. EL PODER DE ABSOLVER.—1. Opiniones heterodoxas. 2. Textos de la S. Escritura, Padres y autores eclesiásticos. 2.1. Anteriores al siglo III: S. Pablo, Clemente de Alejandría, la Didaché, Clemente de Romano, S. Ireneo, S. Dionisio de Corinto, Hermas. 2.2. Siglo III: Tertuliano, S. Cipriano, Firmiliano, Orígenes, Dionisio de Alejandría, La Didascalia.—II. MATERIA DE LA CONFESIÓN. 1. En Constantinopla. 2. En Siria. 3. En Asia Menor. 4. Dionisio de Corinto. 5. S. Ireneo. 6. Clemente de Alejandría. 7. Hermas. 8. Los montanistas. 9. Tertuliano. 10. El antipapa Hipólito. 11. Orígenes. 12. S. Cipriano. 13. La Didascalia.—III. LA CONFESIÓN ORAL Y SECRETA. 1. En Constantinopla. 2. Orígenes. 3. Tertuliano. 4. S. Cipriano. 5. S. León Magno.—IV. LA PENITENCIA PRIVADA: 1. La penitencia pública. 2. Argumentos sobre la penitencia privada. 3. Textos sobre la penitencia privada.—CONCLUSIONES.—BIBLIOGRAFÍA.

### INTRODUCCIÓN

Las publicaciones e investigaciones sobre la institución penitencial son numerosísimas y sus orígenes se remontan a varios siglos de existencia. Los primeros trabajos arrancan del siglo XVII. Pero la auténtica profusión se va a producir siglo y medio más tarde, a finales del siglo pasado, para ir aumentando en las primeras décadas de nuestro siglo.

Considerados en su conjunto, podríamos decir que estos estudios sobre el sacramento de la penitencia empiezan por refutar las afirmaciones equivocadas del racionalismo. Después se centrarán en demostrar que Jesucristo, dando el poder de las llaves, instituyó un verdadero sacramento para perdonar los pecados cometidos después del

\* Director de la tesis: Prof. Dr. Juan Arias Gómez. Fecha de Defensa. 20.IV.1982.

bautismo, y en que la Iglesia primitiva conoció y ejerció este poder en forma de verdadero sacramento. Así, en una investigación seria y documentada, los católicos demostraron estar carentes de consistencia todos los argumentos aducidos por la crítica racionalista para probar que la Iglesia primitiva desconocía la Penitencia como sacramento.

El estudio del siglo III en particular tiene un especial interés, a nuestro entender, por diferentes motivos: por estar aún muy próximo a la época apostólica y a los orígenes mismos de la institución penitencial; porque en él aparecen las grandes figuras que marcarán la pauta para siglos posteriores (Tertuliano, Cipriano, Orígenes...), y porque en esos años se desarrollarán las primeras controversias sobre el sacramento de la penitencia que servirán para ir fijando los puntos esenciales de la doctrina y del magisterio de la Iglesia sobre este sacramento.

Empezaremos nuestro trabajo exponiendo cómo entendían el poder de las llaves en la Iglesia primitiva. Para llegar a los textos del siglo III nos remontaremos a algunos Padres y fuentes anteriores, de los que reciben su herencia los documentos del siglo que nos ocupa. Veremos cómo la Iglesia ha tenido conciencia desde el primer momento de su poder de absolver conferido por Jesucristo, en contra de la opinión de algunos autores, y que la Iglesia, de hecho, ejerció ese poder. Es éste un aspecto esencial que se debe dejar muy claro, y sin el cual todos los demás que se abordasen sobrarían.

El siguiente capítulo lo dedicaremos a otro de los aspectos que han sido objeto de polémica a lo largo del siglo III: la materia necesaria de la confesión, entendida en el sentido de qué pecados podían ser perdonados. Montano, Tertuliano en su época montanista, y Novaciano, son las principales voces discordantes que se levantan contra los pecados que entrarían a formar parte de la materia de la confesión y de la consiguiente absolución. Se demostrará que los modificadores heterodoxos de la disciplina penitencial tradicional son ellos, y no el llamado Edicto de Calixto, para los adúlteros, y Cipriano para los apóstatas. Tanto Cipriano como el Edicto, seguían la praxis habitual de conceder el perdón.

Trataremos a continuación sobre el modo de la confesión, exponiendo la existencia de la confesión oral secreta, y señalaremos las limitaciones de la confesión pública allá donde llegó a existir, y su carácter no de precepto, sino a lo más de consejo, que pronto sería cortado para evitar abusos.

En cuanto a los tipos de penitencias, los estudiosos de la institución penitencial, suelen aceptar sin polémicas los puntos fundamentales sobre la penitencia pública: las etapas en que se divide (recep-

ción al estado de penitencia, expiación, reconciliación), su necesidad, su naturaleza, duración, tipos de pecados a los que se aplica, etc. Donde sí han aparecido opiniones encontradas ha sido en la consideración de la penitencia privada: si existió o no en esta época. Nos inclinaremos a favor de su existencia, pues en nuestra opinión, existen argumentos y textos que así parecen probarlo.

## CAPÍTULO I

### EL PODER DE ABSOLVER

#### 1. *Opiniones heterodoxas*

Para los racionalistas y modernistas, que siguen la llamada «Iglesia de los santos», la Iglesia primitiva se habría dejado llevar, a partir del siglo III, de una innovación disciplinar y doctrinal, consistente en la laxitud de admitir en su seno pecadores que hasta entonces, según estos autores, no eran admitidos, pues la Iglesia —dicen— no tenía potestad para perdonar los pecados graves y, en especial, el adulterio, la apostasía y el homicidio<sup>1</sup>.

Los protestantes dirán que la confesión es de origen tardío y puramente humano y habría servido únicamente para que la Iglesia primitiva alejase a los indignos como ejemplo para los demás y para hacerles reflexionar sobre la gravedad de sus faltas<sup>2</sup>. Hoy hay algunos escritores protestantes que admiten la existencia, desde el origen de la Iglesia, de una penitencia después del bautismo<sup>3</sup>.

1. ROLFFS, HARNACK, WINDISCH; cfr. J. F. LAUN, BUSSEWESSEN II, en *Religion in Geschichte und Gegenwart*, I (Gotinga 1927), col. 1934.

El Decreto *Lamentabili* de S. Pío X, condena en la proposición 46 estas palabras de Loisy, tomadas de su obra *Autour d'un petit livre*: «No existió en la primitiva Iglesia la noción de pecador reconciliado con la autoridad de la Iglesia, sino que la Iglesia se fue habituando a él muy poco a poco» (Denzinger-Schönmetzer, ed. XXXVI, n. 3446).

2. M. H. C. LEA, cfr. *History of auricular confession and indulgence in the Latin Church*, vol. I-II, *Confession and absolution*, Philadelphia 1896.

3. H. VON CAMPENHAUSEN, cfr. *Kirchliches. Amt und geistliche Vollmacht in den ersten drei Jahrhunderten* (Tübingen 1953, 239, n. 4).



Ningún católico puede poner en duda que la Iglesia tuvo desde sus orígenes conciencia de su poder de absolver y retener los pecados. Lo contrario, además de oponerse al Magisterio solemne de la Iglesia, llevaría casi inevitablemente a la tesis protestante. A la Iglesia incumbe, por derecho divino absoluto, la obligación de absolver a todo pecador bien dispuesto. Y lo que es de derecho divino absoluto, no lo puede cambiar la Iglesia por ninguna razón. Esta opinión es común entre los teólogos <sup>4</sup>. Y esta obligación se deriva de la que por derecho divino tiene todo pecador a confesar todos y cada uno de los pecados graves que haya cometido <sup>5</sup>.

Haciendo que esta realidad dogmática recaiga sobre la historia, sería lícito concluir que nunca la Iglesia pudo apartarse de ella. Que así fue, como no podía ser menos, aparece claramente en los textos, según el siguiente principio, que ha de comprobarse en cada caso: ningún texto enuncia una práctica contraria generalizada y, los que admiten una interpretación menos clara, abogan más por la concordancia con la conclusión teológica, que su opuesta.

## 2. *Textos de la S. Escritura, Padres y autores eclesiásticos*

Recordados sucintamente los argumentos teológicos, veamos los históricos y jurídicos, que son los propios de nuestro estudio.

### 2.1. *Anteriores al siglo III*

La Iglesia tuvo conciencia desde el primer momento de su poder de absolver los pecados conferido por Jesucristo <sup>6</sup> y, de hecho, ejerció ese poder. Sin él al pecador le sería imposible alcanzar el perdón.

Aunque en la Iglesia había un alto concepto de la santidad exigida a sus miembros <sup>7</sup> y se consideraba una grave obligación no manchar

4. S. J. STUFLE, cfr. *Die Sündvergebung bei Origines* y otros trabajos publicados en «Zeitschrift für Katholische Theologie», 1907, 1908. C. VOGEL, *Le pécheur et la pénitence dans l'Eglise Ancienne*, París 1966, 23.

SUÁREZ, cfr. *De penitentia*, d. 35, s. I,15; SANTO TOMÁS, en el lugar citado por Suárez, In 4, d. 17, q. 3, a. 1, sol. 5.

5. Cfr. Concilio de Trento, sess. 14, c. 5, can. 6 y 7.

6. «Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos» (Ioan. 20,23).

1. «Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo» (I Cor 6,11).

«Los carnales no pueden practicar las obras espirituales ni los espirituales las carnales» (S. Ignacio, Eph 8,2; PG 5,652).

«Si tan grandes justos no pueden con sus justicias librar a sus hijos, ¿con qué con-



la gracia del bautismo, sin embargo se dieron en su seno, de hecho, fallos graves<sup>8</sup> y para todos se afirma la posibilidad del perdón, la posibilidad de la penitencia y de la salvación<sup>9</sup>. El antiguo símbolo «creo (...) la remisión de los pecados» así lo atestigua<sup>10</sup>.

S. Pablo exhorta a que perdonen y admitan en la Iglesia a un pecador grave y escandaloso (incestuoso)<sup>11</sup>. *Clemente de Alejandría* (150-215) narra la conversión y reconciliación por S. Juan de un joven bandolero, ladrón, homicida<sup>12</sup> y en otros pasajes ruega para que los herejes vuelvan a Dios<sup>13</sup> y también los adúlteros<sup>14</sup>.

La *Didaché* dice que se celebre la Eucaristía el domingo «después de haber confesado vuestros pecados»<sup>15</sup>. *Clemente Romano* exhorta a

fianza entraremos nosotros al palacio de Dios, caso de no haber guardado nuestro bautismo puro y sin mancilla?» (II Clem 6,9).

«Es preciso que escudriñando muy despacio lo presente, inquiramos las cosas que pueden salvarnos. Huyamos, por ende, de modo absoluto, de todas las obras de iniquidad, a fin de que jamás las obras de la iniquidad se apoderen de nosotros» (Pseudo Bernabé, 4,1).

8. «Es ya público que entre vosotros reina la fornicación, y tal fornicación cual ni entre los gentiles, pues se da el caso de tener uno la mujer de su padre» (I Cor 5,1).

«Temo que cuando vaya no os halle cual querría (...); temo que haya contiendas, envidias, iras, ambiciones, detracciones, murmuraciones, enreimamientos, sediciones» (II Cor 12,20).

«Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros» (I Ioan. 1,8).

«Guardad vuestra carne como templo de Dios. Amad la unión. Huid las escisiones. Sed imitadores de Jesucristo, como también El lo es de su Padre» (S. Ignacio, Philad. 7,2; PG 5,832 y 833).

9. «Fijemos nuestra mirada en la sangre de Cristo y conozcamos cuán preciosa es a los ojos del Dios y Padre suyo, pues, derramada por nuestra salvación, alcanzó gracia de penitencia para todo el mundo» (I Clem. 7,4; PG 1,222).

«Queriendo pues, el Señor, que todos los que El ama tengan parte de la penitencia, lo confirmó con su omnipotente voluntad» (I Clem. 8,5; PG 1,225).

«Cuanto, arrepentidos, volvieren a la unidad de la Iglesia, también éstos serán de Dios, a fin de que vivan conforme a Jesucristo» (S. Ignacio, Phil. 3,2; PG 5,700).

«A todos los que se arrepienten les perdona el Señor» (S. Ignacio, Phil. 8,1; PG 5,704).

10. «Creo en Dios Padre Omnipotente, y en Jesucristo (...) y en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia, el perdón de los pecados y la resurrección de la carne» (Denzinger, 2).

11. «Bástele a ése la corrección de tantos, pues casi habríamos de perdonarle y consolarle, para que no se vea consumido por excesiva tristeza. Por eso os ruego que públicamente le ratifiquéis vuestra caridad» (II Cor 2,6-8).

12. «Ten piedad de mí, hijo, no temas. Todavía tienes esperanzas de vida. Yo rendiré cuentas por ti a Cristo y si fuere necesario, con gusto sufriré por ti la muerte, como el Señor la sufrió por nosotros (...). El joven (...) prorrumpió en amargo llanto (...), sus lágrimas le servían de segundo bautismo. Sólo ocultaba su mano derecha. Pero Juan (...) la besó considerándola ya purificada por el arrepentimiento. Lo recondujo a la iglesia, oró con abundantes súplicas, lo acompañó en su lucha con ayunos prolongados, fue cultivando su espíritu con su palabra atractiva, y no partió de allí hasta dejarlo asentado en la iglesia, después que dio gran ejemplo de verdadero arrepentimiento y grandes señales de regeneración» (*Quis dives salvetur* 42, 15; PG 9,649-52).

13. Cfr. *ibidem*, 7,16.

14. Cfr. *ibidem*, 2,23.

15. *Didaché* 14,1, *Enchiridion Patristicum* de Rouët de Journal, Herder, 1949, p. 3.

los corintios (96-98) a que confiesen sus pecados y no endurezcan su corazón<sup>16</sup>.

En S. Ireneo (nace entre 140 y 160) leemos que los herejes pueden arrepentirse y alcanzar el perdón de Dios porque «Dios es benigno con los penitentes»<sup>17</sup>. S. Dionisio de Corinto (170) ordena a los sacerdotes que «reciban a todos los que se levantan de cualquier caída y se convierten de sus pecados, aunque vuelvan de la herejía»<sup>18</sup>.

Para Hermas (140-54?) no se excluye del perdón a ningún penitente sincero, ni a los adúlteros ni a los apóstatas<sup>19</sup>.

## 2.2. Siglo III

Tertuliano (160-222) nos habla del perdón de todos los pecados<sup>20</sup>, perdón conseguido no sólo ante Dios, sino también reconciliación con la Iglesia<sup>21</sup>.

Importa dejar constancia de que en *De paenitentia* Tertuliano no excluye del perdón los tres pecados capitales, y sobre todo el adulterio, sino que éste, la idolatría y la apostasía, los incluye explícitamente: «El enemigo le rodea, le observa, le cerca, para impresionar, si es posible, los ojos del pecador con la concupiscencia carnal, para seducir su alma por las delicias del mundo, para hacerle perder la fe por el temor del poder civil»<sup>22</sup>. Para éstos es la penitencia segunda: «Y si dudas, escucha lo que dice el Espíritu de la Iglesia: imputa el adulterio a los efesios; reprueba el estupro y la idolatría a los tiatirenses... y sin embargo a todos conmina a la penitencia. El Señor te re-

16. «Roguemos nos sean perdonados cuantas faltas y pecados hayamos cometido (...) Más le vale a un hombre confesar sus caídas que no endurecer su corazón» (I Cor 51,1,3; PG 1,333).

17. *Adversus haereses*, III,23,4; PG 7,960.

18. EUSEBIO, *Historia Ecclesiastica*, 4,23,6; PG 20,384.

19. «Aquel que creó este árbol quiere que vivan todos los que tomaron ramas de él» (Mand 4,3; PG 2,919).

«Las piedras que sean halladas pequeñas las meteremos en medio de la construcción; las mayores se pondrán a la parte de fuera y las sostendrán» (Simil. 8,2; PG 2,974).

«Se les perdonarán todos sus pecados (...) con tal de que hicieren penitencia» (Vis. 2,2; PG 2,897).

«Hay que recibir a quienquiera pecare, pero hace penitencia» (está hablando de la esposa adúltera arrepentida) (Mand 4,1; PG 2,917).

20. «Todos los pecados, ya fueren cometidos por la carne o por el espíritu, ya de obra o de intención, ha prometido (Dios) que pueden alcanzar perdón por la penitencia el mismo que fijó la pena por el juicio, pues dice al pueblo: Haz penitencia y te daré la salvación (Ez 18,21,23). *De paenitentia*, 4,1; PL 1,1233 y CCSL 1,326.

21. «Todos tienen que hacer penitencia ante la Iglesia (...). Por otra parte, esta penitencia sería inútil si no obtuviese la reconciliación eclesiástica; luego (...) toda penitencia debe obtener la reconciliación eclesiástica» *De pudicitia*, 3,2; PL 2,98 y CCSL 2,1286.

22. *De paenit.*, 7,9; PL 1,1241; CCSL 1,333.

cibirá, dice, ¡oh pecador deshonesto! como al hijo pródigo si dejas el rebaño de puercos inmundos»<sup>23</sup>. Y como prueba aduce la misericordia infinita y la promesa del mismo Dios: «El cuerpo no puede dejarse cuando uno de los miembros está enfermo; sufre todo entero y debe colaborar en la curación de la herida (I Cor 12,26). Donde se encuentra uno o dos fieles, allí está la Iglesia, y donde está la Iglesia, allí está Cristo. Por eso cuando tú extiendes las manos hacia las rodillas de tus hermanos, tú tocas a Cristo, tú ves a Cristo. Igualmente, cuando tus hermanos lloren por ti, es Cristo quien sufre, es Cristo el que suplica a su Padre»<sup>24</sup>.

En *De paenitentia* divide los pecados en internos y externos<sup>25</sup>, mientras que en *De pudicitia*, al pasarse al montanismo, los dividirá en remisibles e irremisibles, como ya veremos.

En *San Cipriano* (200-258) es igualmente clara la obligación que incumbía a la Iglesia, por ley divina, de absolver a los arrepentidos<sup>26</sup>, por lo que es necesario admitirlos a todos sin excepción<sup>27</sup>. También para S. Cipriano es claro hasta qué punto el perdón de la Iglesia se identifica con el perdón de Dios.

Por útil que sea la satisfacción ofrecida por el penitente, no curará si no es junto a la reconciliación con la Iglesia, pues rehusar la absolución de la Iglesia es «interceptar el fruto de la penitencia», es «sustraer a la satisfacción su eficacia medicinal»<sup>28</sup>.

*Firmiliano* († 269) deja constancia en su carta a Cipriano de que «el poder de remitir los pecados ha sido dado a los apóstoles y a las Iglesias que ellos, como enviados de Cristo, establecieron y a los Obispos que les sucedieron por disposición suya»<sup>29</sup>.

*Orígenes* (185-254) recoge el texto de S. Juan sobre el poder de perdonar los pecados que recibieron los Apóstoles (cfr. Ioan 20,23)<sup>30</sup> y en el comentario a S. Mateo dirá que «la pretensión de abrir y cerrar

23. *Ibidem*, 8,8; PL 1,1243; CCSL 1,335.

24. *Ibidem*, 10,6; PL 1,1245; CCSL 1,337.

25. «Hay ciertos delitos que son de la carne, esto es corporales, y otros espirituales». *Ibidem*, 3,3; PL 1,1231; CCSL 1,324.

26. «Porque no era conveniente ni podía sufrir la piedad paterna y la divina clemencia que se cerraran las puertas de la Iglesia a los que llamaban, y se negara a los arrepentidos y suplicantes, el socorro de la esperanza salvadora, de modo que, al abandonar este mundo se les mandara al Señor sin la reconciliación y la paz». S. Cipriano, *Epist.* 57,1; PL 3,851.

27. «Porque ahora necesitan reconciliación no los enfermos, sino los robustos; no los moribundos, sino los sanos; a fin de no mandar inermes y desnudos a los que excitamos y arengamos a la pelea, sino armados con el escudo de la sangre y cuerpo de Cristo». *Ibidem*, 57,2; PL 3,856.

28. *Epist.* 55,29; PL 3,794 y 55,28; PL 3,794.

29. *Epist. Inter Cipriani* 75,16; PL 3,1168.

30. *De oratione*, PG 11,528.



*las puertas del cielo sólo la pueden tener Pedro y los que han recibido el carácter episcopal*»<sup>31</sup>.

Dionisio de Alejandría, obispo del 248 al 265, confirma la doctrina de Orígenes sobre el poder de la Iglesia para perdonar los pecados; concede la readmisión a todos los apóstatas<sup>32</sup>.

La *Didascalia* (primera mitad del siglo III) enseña que pueden perdonarse todos los pecados, incluso el de herejía, siendo la única excepción el pecado contra el Espíritu Santo: «*los que se arrepienten del error sean admitidos en la Iglesia; pero los que se adhieren obstinadamente al error y no se arrepienten, los segregamos y decretamos que salgan de la Iglesia y sean separados de los fieles*»<sup>33</sup>. Y en numerosos textos subraya la potestad de perdonar de los obispos<sup>34</sup>.

Por tanto los textos demuestran la afirmación que hacíamos al principio: la conciencia del poder de perdonar los pecados que la Iglesia tuvo desde el primer momento, y el ejercicio efectivo de ese poder, extendido a todos los pecados.

31. *Ibidem*, PG 13,1013.

32. Es conocido el relato del viejo Serapión, aquel hombre de Alejandría que cayó en la persecución de Decio, y después de varios días de sufrimiento, y habiéndose arrepentido, encontrándose en peligro de muerte, envía a su hijo en busca de un sacerdote para que le absuelva de su pecado. Como el sacerdote se encontraba enfermo, le envía a Serapión la comunión por medio de su hijo:

«El sacerdote estaba enfermo, pero como el moribundo había suplicado intensamente desde antes el perdón, se lo concedió para que con esperanza plena saliese de esta vida, y le entregó al joven una partícula de la Eucaristía para que mojada en agua la pusiera en la boca del enfermo» (EUSEBIO, *Hist. Eccl.* 6,44,4; PG 20,629).

33. *Didascalia Apostolorum*, 25. Texto de la edic. de F. X. FUNK, *Didascalia et Constitutiones Apostolorum*, vol. I, Paderbornae 1905, pp. 44 y ss.

34. «Tú, obispo, procura por encima de todo ser limpio en tus obras y reconocer tu dignidad, porque estás dotado de fuerza omnipotente, a semejanza de Dios omnipotente. Siéntate, por tanto, en la Iglesia hablando como quien tiene potestad de juzgar, en nombre de Dios, a los que pecaron; porque a vosotros, los obispos, os dice el Evangelio: 'Todo lo que atareis sobre la tierra, será atado en el cielo' (Mt 8,18)» (*Didascalia Apostolorum*, 11).

«Juzga, obispo, con potestad como Dios, pero acoge a los penitentes con caridad como el mismo Dios omnipotente, y reprende y ruega y enseña, porque el Señor Dios prometió con juramento que daría el perdón a los pecadores, como lo dijo por Ezequiel: 'Haced penitencia y apartaos de vuestros malos caminos, y no moriréis, casa de Israel' (Ezech. 33,10)» (*Ibidem*, 12).

«Ten cuidado, pues, de cada uno, obispo; para que quienes no pecaron permanezcan sin pecar, pero quienes pecaron hagan penitencia, y dales la remisión de los pecados, como está escrito en Isaías, cuando dice el Señor: Perdonar todo vínculo de iniquidad, y rescinde toda acción de violencia y fraude (Is 58,6)». (*Ibidem*, 18. Texto de la edición de F. X. FUNK, *Didascalia et Constitutiones Apostolorum*, vol. I, Paderbornae 1905, pp. 44 y ss.).

## CAPÍTULO II

## MATERIA DE LA CONFESION

Hay unanimidad en los Padres y escritores eclesiásticos sobre la obligación de confesar los pecados graves, públicos o secretos. No hay exclusión de pecados. Abundan los testimonios, tanto en Oriente como en Occidente.

1. *En Constantinopla*, donde existe el presbítero penitenciario, los pecadores se dirigen a él para confesar sus faltas y conocer la medida de su penitencia. Y así vemos una mujer que revela al penitenciario «uno a uno los pecados que ha cometido después del bautismo»<sup>35</sup>.

2. *En Siria* la serie de pecados confesados al obispo y expiados por una penitencia pública, varía entre dos y siete semanas; esta serie comprende sin duda los pecados que los doctores de esta región consideraban como graves<sup>36</sup>.

3. *En Asia Menor* en el siglo IV, entre los pecados mortales a los cuales el confesor impone una penitencia canónica, encontramos la idolatría, el homicidio, la fornicación, o el adulterio, el rapto, el perjurio, violación de sepultura, sacrilegio<sup>37</sup>.

4. Para *Dionisio de Corinto* tampoco hay exclusión de ningún pecado, pues ordena a las iglesias de Amastris y comunidades del Ponto que «reciban a todos los que se levanten de cualquier caída y se conviertan de su pecado, aunque vuelvan de la herejía»<sup>38</sup>.

5. Tampoco *S. Ireneo* que encarna la tradición de Oriente y Occidente, excluye pecado alguno de la penitencia, salvo el pecado contra el Espíritu Santo, por su misma naturaleza<sup>39</sup>. Por lo demás, como ya veíamos en el apartado 2.1. del capítulo I, dice que los herejes pue-

35. EUSEBIO, *Historia Ecclesiastica*, 5,19; PG 20,616.

36. *Constitución Apostólica* 2,16; PG 1,625: «Entonces lo mandarás entrar, realizado el examen, si es portador de la penitencia y digno de ser admitido en la Iglesia, cargado de ayunos durante los días de la semana, bien dos, tres cinco o siete, según la gravedad del delito».

37. S. BASILIO, cfr. *Epist. canón.* 30, 56, 61, 82, 83; PG 32, 725 y ss.

38. EUSEBIO, *Hist. Ecc.* 4,23; PG 20,384.

39. S. IRENEO, cfr. *Adv. Haereses* III,11,9; PG 7,990.

den arrepentirse y alcanzar el perdón de Dios, «*porque Dios es benigno con los penitentes*»<sup>40</sup> y concede la paz a los que «*hacen penitencia y se convierten*»<sup>41</sup>.

6. *Clemente de Alejandría* no conoce pecados capitales que no puedan ser perdonados. Ya decíamos en el capítulo I cómo el pecado de apostasía le parece perdonable, pues ruega por los herejes para que vuelvan a Dios Omnipotente<sup>42</sup> y por la mujer adúltera<sup>43</sup>; no descarta del perdón, y por tanto de la materia de la confesión, ningún pecado por grave que sea<sup>44</sup>.

7. *Hermas* afirmaba el carácter general o universal de la penitencia segunda, que no excluye el perdón a ningún penitente sincero<sup>45</sup>, ni a los impúdicos ni adúlteros<sup>46</sup>, blasfemos o apóstatas<sup>47</sup>. Por tanto podemos decir que *Hermas* tampoco excluye de la materia de la confesión ningún pecado grave.

8. *Los montanistas* negaron que la Iglesia debiera perdonar todos los pecados. «*La Iglesia —dice Tertuliano, ya en su época montanista— tiene poder para perdonar los pecados, pero yo no lo haré jamás para que no pequen*»<sup>48</sup>, para no incitar a cometerlos más fácilmente. Vemos, por tanto, que Tertuliano ha cambiado: *De pudicitia* está en abierta oposición —escrito entre 218 y 223— con *De paenitentia*.

9. *Tertuliano* en *De pudicitia* reacciona contra el mal llamado *Edicto de Calixto*, que conocemos precisamente a través de él<sup>49</sup>.

40. *Ibidem*, III,23,4; PG 7,962.

41. *Ibidem*, IV,40,1; PG 7,1112.

42. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, cfr. *Stromata*, 7,16; PG 9,529.

43. Cfr. *ibidem*, 2,23; PG 8,1085.

44. «La fe pasa cuando creamos ver a Dios con nuestros mismos ojos. La esperanza desaparece con la mirada de aquellas cosas en las que está puesta. La caridad, donde adviene la perfección, viene igualmente como complemento y se aumenta más. Si alguien recibiera la caridad en su espíritu, aunque esté sometido a pecados, aunque haya perpetrado muchas cosas ilícitas, habiendo alcanzado la caridad y usado la pura penitencia, puede corregir sus errores». *Quis dives salvetur*, 38; PG 9,644.

45. HERMAS: «Aquel que creó este árbol, quiere que vivan todos los que tomaron ramas de él», *Mandatum* 4,3; PG 2,919.

46. «Se les perdonarán todos sus pecados (...) con tal de que hicieren penitencia» (*Visio* 2,2; PG 2,897). «Hay que recibir a quienquiera pecara, pero hace penitencia» (está hablando de la esposa adúltera arrepentida). *Mand.* 4,1; PG 2,917.

47. «Los que se entreguen por cobardía a la idolatría (...) si hicieren penitencia pronto, podrán vivir». *Similitudo*, 9,21; PG 2,987.

48. *De pudic.* 21,7; PL 2,1024. (Eusebio en su *Historia Eclesiástica*, coloca el comienzo del montanismo en el año 172 ó 173, bajo el gobierno de Marco Aurelio. Epifanio lo sitúa en 156 ó 157. Cfr. *Hist. Eccl.* 6,42; PG 20,614, y 7,8; PG 20,652).

49. «Se oye también haber sido expuesto un edicto, ciertamente perentorio. El pon-



El edicto no hace más que recordar la práctica vigente en la Iglesia de perdonar los pecados a los adúlteros. La apasionada polémica de Tertuliano sirve para evidenciar que reconoce la existencia de esta praxis habitual, que él mismo ha compartido antes de pasarse al montanismo.

Se ha dicho<sup>50</sup> que el rigorismo de algunos obispos cartagineses que menciona S. Cipriano, que no querían absolver a los adúlteros<sup>51</sup> debió ser lo que motivó el edicto, dirigido a estos obispos, y por eso sólo menciona el perdón de este tipo de pecados, y no habla de los apóstatas y los homicidas.

Tertuliano trata de responder de modo complejo a los argumentos de los católicos sobre el perdón de los pecados, sin conseguir dar una respuesta convincente; si él hubiera sido en verdad el representante de la disciplina tradicional, le habría bastado apelar a ello, decir que la Iglesia primitiva no absolvía a los adúlteros. Pero como esto no lo puede probar, niega la potestad de la Iglesia sobre los pecados que él llama irremisibles. Desarrollemos brevemente estas ideas.

Tertuliano no niega haber cambiado de opinión; es más, se gloria de ello, «*porque me reconozco mejor y más casto; nadie se avergüenza de sus adelantos*»<sup>52</sup>.

Tampoco puede responder convincentemente a lo que dicen los católicos sobre la necesidad que tienen todos los pecadores de hacer penitencia ante la Iglesia; y añaden que si la Iglesia no concediera el perdón a todos los penitentes, tal penitencia sería inútil: «*Todos tienen que hacer penitencia ante la Iglesia. Por otra parte esta penitencia sería inútil si no obtuviera reconciliación eclesiástica; luego, concluyen, toda penitencia debe obtener reconciliación eclesiástica*»<sup>53</sup>.

Si, como Tertuliano decía de sí mismo, él representaba a la tradición, aquí habría tenido otra ocasión para hacer ver a los católicos su inconsecuencia, pues si era verdad que negaban la absolución a los idólatras y homicidas, exigiéndoles al mismo tiempo la penitencia eclesiástica, debería haber puesto de manifiesto esta contradicción.

Se contradice también Tertuliano en *De pudicitia* negándole al Pas-

tífice, sin duda máximo, obispo de los obispos, proclamó: 'Yo perdono los delitos de los adúlteros y fornicadores con la penitencia'. *De pudic.* 1,6; PL 2,980.

50. STUFLER, cfr. *Zeits. für Kath. Th.*, p. 4.

51. «Hubo entre nuestros predecesores algunos Obispos aquí en nuestra provincia que creyeron no debía concederse la paz a los adúlteros y excluyeron totalmente de la penitencia al adulterio. Sin embargo, no se separaron del colegio de sus colegas ni rompieron con la obstinación de su dureza y severidad la unidad de la Iglesia católica, hasta el punto de que por razón de que otros la concedían, el que no daba la paz a los adúlteros debiera quedar separado de la Iglesia». S. CIPRIANO, *Epist.* 55,21; PL 3,787.

52. *De pudic.* 1,11; PL 2,982.

53. *Ibidem*, 3,1-3; PL 2,985.

54. *Ibidem*, 10,12; PL 2,1000.

tor de Hermas —que reconoce el perdón de todos los pecados— la autoridad y seguimiento de sus ideas que manifestaba en *De paenitentia*. Ahora le llama «Pastor de los adúlteros»<sup>54</sup>.

Se retracta también de la correcta interpretación dada en *De paenitentia* a diversas parábolas y pasajes de la Sagrada Escritura en los que se pone de manifiesto la misericordia divina con los pecadores: aquí encarecía la misericordia de Dios para con los pecadores bautizados fundándose en las parábolas del dracma, de la oveja perdida y del hijo pródigo; en las palabras del Señor «*misericordia quiero y no sacrificios*» (Os, 6,6); en la parte que toma Cristo y la Iglesia en el dolor y en la alegría del pecador arrepentido, «*porque sobre ti llora Cristo y ruega al Padre*». Sin embargo, ahora en *De pudicitia* afirma que las parábolas mencionadas no hablan del pecador bautizado sino del gentil<sup>55</sup>. También niega el valor a las palabras de Oseas y afirmará que «*por los blasfemos, homicidas y adúlteros no ruega Cristo*»<sup>56</sup> y «*la Iglesia no se regocija en su conversión, sino que se avergüenza*»<sup>57</sup>.

En cuanto al perdón de la Magdalena y de la Samaritana, Tertuliano responde que «*sólo a Dios le es lícito*»<sup>58</sup>. Pero los católicos le dirán que «*también S. Pablo absolvió al incestuoso de Corinto (2 Cor 2,5) y si es cierto que el Apóstol excomulga en algunas de sus cartas a los impúdicos, no les niega por eso el perdón que se concede al fin de la exomologesis*»<sup>59</sup>. Si, de hecho, el caso de Corinto hubiera sido una excepción y en el transcurso del tiempo que pasó hasta la época de Tertuliano se hubiera dado en la Iglesia el uso contrario, lo fácil y lo lógico hubiera sido que Tertuliano se limitase a señalarlo.

Por último Tertuliano negará el poder de la Iglesia para perdonar los pecados: «*¿Quién puede perdonar los delitos, sino sólo el Espíritu? ¿Quién puede perdonar los delitos, sino sólo Dios y sobre todo los mortales?*»<sup>60</sup>. Al contestar los católicos que la Iglesia tiene poder para perdonar, contesta Tertuliano: «*conozco que el mismo Paráclito dice en los nuevos profetas que la Iglesia tiene potestad para perdonar los delitos, pero yo no lo haré para que no los cometan*»<sup>61</sup>. Pero el término

55. «La oveja perdida y devuelta a su señor no representa al cristiano, sino al gentil». *Ibidem*, 7,3; PL 2,992.

«Del mismo modo, la parábola de la dracma perdida la interpretamos como el gentil, que estando fuera de la Iglesia, encuentra la luz de la palabra de Dios». *Ibidem*, 7,10; PL 2,993. Cfr. *ibidem*, 9, 11; PL 2,998.

56. *Ibidem*, 19,26; PL 2,1020.

57. *Ibidem*, 1,2; PL 2,983.

58. *Ibidem*, 11,2; PL 2,1001.

59. *Ibidem*, 18,1; PL 2,1015.

60. *Ibidem*, 21,2; PL 2,1023.

61. *Ibidem*, 2,17; PL 2,1012.

Iglesia lo entiende en sentido montanista<sup>62</sup>. Por tanto este poder residiría en «*Ecclesia Spiritus*», no en el Papa y en los Obispos.

El texto de S. Juan 20,21-23, el más claro que existe para probar el poder de absolver en la Iglesia, Tertuliano no lo menciona.

Si de hecho Tertuliano hubiera sido el representante de la disciplina tradicional, le habría bastado escudarse en ella; le habría bastado decir que la Iglesia primitiva no absolvía a los adúlteros, conociendo como conocía estos textos. Pero como esto no lo puede probar, combate y niega la potestad de la Iglesia sobre los pecados que él llama irremisibles.

En la primitiva Iglesia se daba una cierta corriente rigorista. El primer documento en el que se manifiesta es en el Pastor de Hermas, con la penitencia segunda, concedida una sola vez<sup>63</sup>. Tertuliano, espíritu severo, siguió a Hermas en sus tiempos católicos; cuando se pasó al montanismo se recrudece su severidad y en principio rechazó toda penitencia para los pecados cometidos después del bautismo. Pero esto no era sostenible en la práctica y divide los pecados en remisibles e irremisibles: «*Estos delitos los dividimos en dos: unos remisibles y otros irremisibles*»<sup>64</sup>. Y paralelamente a estos pecados, habría dos clases de penitencias: «*Según estos diferentes delitos habría también una penitencia distinta, una para los delitos remisibles, los que pueden conseguir el perdón, y otra para los irremisibles, para los que no lo pueden conseguir*»<sup>65</sup>.

La distinción entre los pecados parece que la establece a partir de un texto de la primera epístola de S. Juan: «*Si alguno ve a su hermano cometer un pecado que no lleva a la muerte, ore y alcanzará*

62. «La Iglesia que perdona los pecados es la Iglesia del Espíritu, la de los hombres espirituales, no la de los Obispos». *Ibidem*, 21,17; PL 2,1024.

63. «Hay que recibir a quien pecare, si hace penitencia. Pero no por muchas veces, pues la penitencia después del bautismo es única». HERMAS, *Mand.* 4,1; PG 2,917.

64. TERTULIANO, *De pudic.* 2,12; PL 2,985.

(Remisibles): «Se pierde el fiel que se desliza en los espectáculos de cuadrigas y de gladiadores crueles y en escenas horribles de vanidosos aletas; en juegos, en comidas paganas; si se aplica a extrañas idolatrías o por negligencia en su palabra es empujado hacia la blasfemia. Por esto es expulsado de la grey, se irrita, se hincha y se acaba separando por desdén, por el castigo. Pero debe ser requerido y perdonado». *Ibidem*, 7,15-16; PL 2,993.

«El mismo S. Juan habla de ciertos delitos cotidianos, a los cuales todos estamos sujetos. Porque ¿quién no es propenso a la ira, al mal trato, a maldecir, a jurar en vano, a no cumplir los pactos, a la vergüenza o la mentira? ¿Cuántas veces somos tentados en los negocios, en el trabajo, en interrogatorios, en la comida, en la vista, en el oído?». *Ibidem*, 19,23; PL 2,1020.

(Irremisibles): «Otros son contrarios a estos, más graves y destructivos, los cuales no alcanzarán el perdón: homicidio, idolatría, fraude, negación, blasfemia, y ciertamente el adulterio y la fornicación y también la violación del templo de Dios». *Ibidem*, 19,25; PL 2,1020.

65. *Ibidem*, 2,15; PL 2,985.



*vida para los que no pecan de muerte. Hay un pecado de muerte, y no es éste por el que digo yo que se ruegue. Toda injusticia es de pecado, pero hay pecado que no es de muerte*» (I Ioh 5,16-17).

Los remisibles, aunque mortales, nacen más bien de la flaqueza humana, son como inherentes a ella, ofenden directamente al hombre y obtienen perdón eclesiástico: si así no fuera no habría salvación para nadie; y por ello ora Cristo: «Si ninguno de éstos fuera perdonado, nadie se salvaría. Se perdonan por la oración de Cristo al Padre»<sup>66</sup>. Los irremisibles encierran una malicia intrínseca especial, violan directamente el templo de Dios: «*Por estos no ruega ya Cristo*», y por tanto la Iglesia no tiene autoridad para perdonarlos<sup>67</sup>.

En otro lugar los divide en «máxima», «mediocria» y «módica»<sup>68</sup>. Los «máxima» son los irremisibles.

Como recordamos, en *De paenitentia* no establecía esta distinción de los pecados, sino en internos y externos.

A la vista de todo lo anterior, se concluye que el Edicto de Calixto no supuso innovación de la disciplina, concediendo el perdón a los adúlteros; y Tertuliano en *De pudicitia* no representa a la Tradición de la Iglesia. Por lo demás, es comprobable que el Edicto de Calixto, lejos de cambiar la disciplina, enseña lo mismo que había enseñado Hermas, S. Ireneo, Clemente de Alejandría, S. Dionisio de Corinto, el mismo S. Pablo e incluso el propio Tertuliano en sus tiempos de católico.

Por tanto queda probado que los pecados llamados capitales no quedan excluidos de la materia de la confesión; y lo que es más importante —pues Tertuliano montanista decíamos que no niega que todo el mundo tenga que confesar su pecado y recibir la exomologesis—, pueden ser y son perdonados por la Iglesia primitiva<sup>69</sup>.

Nos queda así constancia, a través de Tertuliano, de cómo la lucha contra el montanismo ha contribuido a promover entre los Obispos la conciencia cada vez más clara de la potestad de «atar y desatar» concedida por Cristo a los jefes de la Iglesia jerárquica, por medio de la sucesión apostólica, y a todos los sacerdotes.

10. Pero la *primera controversia* propiamente tal dentro de la misma Iglesia católica, no fue en Cartago, sino en Roma. Allí se produjo el primer cisma: al Papa Calixto (217-222), sucesor de Ceferino, se le opuso *Hipólito*, que se erigió en primer antipapa. Hipólito se

66. *Ibidem*, 9,16; PL 2,1020.

67. *Ibidem*.

68. *Ibidem*, 1, PL 2,983.

69. GARCÍA VILLADA, cfr. *El perdón de los pecados, en la primitiva Iglesia*, Rev. Razón y Fe, 26 (1910), 43-56.

opuso al Papa en cuestiones dogmáticas y en la disciplina eclesiástica. En cuanto al dogma, fue monarquianista.

En cuanto a la disciplina eclesiástica, denuncia a Calixto de conceder o transigir en lo que podía favorecer a los placeres del hombre. En este sentido denunciaba algunas medidas tomadas por Calixto, tales como no deponer de su sede a un Obispo que hubiese cometido un pecado «de muerte»; admitir como Obispos, presbíteros y diáconos a personas que habían contraído segundas nupcias e incluso terceras; seguir admitiendo como clérigo al que siéndolo ya, se casase. Y, en general, no estaba de acuerdo en que la «escuela de Calixto», como él decía —que, por lo demás, constaba de la gran mayoría de la Iglesia romana— perdonase todos los pecados si se hacía penitencia. Por tanto, con su negativa está testimoniando que todos los pecadores eran recibidos de nuevo en la comunidad eclesiástica después de haber cumplido la penitencia<sup>70</sup>. El amargor de las acusaciones hace difícil distinguir entre los hechos deformados y los absolutamente falsos. Pero en todo caso nada dice contra el poder de la Iglesia de absolver pecados después del cumplimiento de la debida penitencia.

11. *Orígenes* dice que la acusación oral<sup>\*</sup> de los pecados —y por tanto la materia de la confesión— se debe extender a todos los pecados, aún a los más ocultos y vergonzosos, para que el diablo que nos incite a pecar no se convierta en acusador nuestro: «*Si pecamos ocultamente, aún sólo con el pensamiento, es necesario decirlo. El demonio nos instiga a pecar y cuando pecamos nos acusa. Por eso si estamos prevenidos contra él y nos convertimos en nuestros propios acusadores, huimos de la iniquidad del diablo y de nuestros enemigos y acusadores*»<sup>71</sup>.

En las homilías sobre los Salmos expone las mismas ideas: el cristiano es un atleta que lucha contra las pasiones; si cae vencido por la lujuria o por otro pecado, no debe exclamar desesperado: «*¿De qué modo puedo ser salvo? Yo no tengo ninguna esperanza, mis pecados me atan. ¿De qué modo puedo ser oído por el Señor y volver a*

70. «El impostor Calixto (...) fundó una escuela en oposición a la Iglesia (la de Hipólito), adoptando el sistema de enseñanza que ya hemos dicho. Y lo primero que inventó fue autorizar a los hombres a entregarse a placeres sensuales. Les dijo, en efecto, que todos recibirían de él el perdón de sus pecados. Si algún cristiano se ha dejado seducir por otro, si lleva el título de cristiano y cometiera cualquier transgresión, dicen que el pecado no se le imputa con tal que se apresure a adherirse a la escuela de Calixto. Y muchas son las personas que se han beneficiado de esta disposición, sintiéndose agobiadas bajo el peso de su conciencia y habiendo sido rechazadas por muchas sectas. Algunos de ellos, de acuerdo con nuestra sentencia condenatoria, habían sido enérgicamente expulsados de la Iglesia (la de Hipólito)». HIPÓLITO, *Philosophumena*, 9,12; PG 16,3, 3380-3387.

71. ORÍGENES, *In Lev. hom.* 3,4; PG 12,429.

la Iglesia? Por el contrario, el que caiga que se levante, se enmiende, lave el pecado con la penitencia y la satisfacción»<sup>72</sup>.

También dice Orígenes que «la malicia del pecado no sobrepuja la bondad de Dios»<sup>73</sup>. «Todos pueden ser curados, aunque hayan llegado al culmen de la maldad, si hicieren penitencia»<sup>74</sup>. «Todas las almas pueden recibir la salud delante de Dios y ninguna es insanable delante de El»<sup>75</sup>.

12. Al hablar de Cipriano (cap. I, 2.2.) ya vimos que el pecado de apostasía era también perdonado y, por tanto, forma parte de la materia de la confesión. Veamos algunos textos más: «Os ruego, por tanto hermanos, que cada uno confiese su pecado, mientras vive en este mundo, mientras pueda recibirse su confesión, mientras su satisfacción y el perdón concedido por los sacerdotes es grato al Señor»<sup>76</sup>.

Y por estos pecados no sólo entiende los pecados grandes, sino también los menores: «Cuando se trata de pecados menores se arrepienten los pecadores a su debido tiempo y practican la exomologesis según el orden de la disciplina»<sup>77</sup>.

Y otros tales como hurtos, fraudes, usura, injusticia, odios permanentes, juicios temerarios y calumnias, que vendrían a continuación de la triada de pecados graves<sup>80</sup>.

«Dios no hizo la muerte, ni se regocija de la pérdida de los vivos» (Sap. 1,13). Recuerda S. Cipriano este texto de la Sagrada Escritura en una de sus Cartas para decir que Dios desea que su perdón alcance a todos, nadie tiene por qué quedar excluido de él: «ciertamente quien no quiere que nadie perezca (Dios) desea que los pecadores se arrepientan y que vuelvan de nuevo a la vida por el arrepentimiento»<sup>81</sup>.

Y a propósito de aquella otra frase de la Escritura —«no serán reos de muerte los padres por los hijos» (Deut 24, 16)— comenta S. Cipriano: «En efecto, leyendo y ateniéndose a ello, creemos que nadie debe ser excluido del futuro de la satisfacción y de la esperanza de la paz, sabiendo, conforme a la creencia de las Sagradas Escrituras, que los pecadores son invitados a arrepentirse, y que no se niega el perdón e indulgencia a los que se arrepienten»<sup>82</sup>.

Otro comentario que merece recogerse es el que hace al texto de

72. In ps 36, hom. 4,2; PG 12,1353.

73. In Lev. hom. 9,8; PG 12,520.

74. In Jerem. hom. 21,1; PG 13,535.

75. In Ier. hom. 21,12.

76. De lapsis, 29; PL 4,489.

77. Epist. 9,2; PL 4,251.

80. Cfr. De lapsis, 6; PL 4,470.

81. Epist. 55,12; PL 3,778.

82. Epist. 55,27; PL 3,792.



S. Pedro, «Dios me mostró que ningún hombre debe ser considerado como impuro y manchado». Por eso creemos —dice Cipriano— que no ha de haber obstáculo para nadie en recibir la gracia por la ley ya establecida (...), sino que todo hombre, sin inconveniente alguno, debe ser admitido a la gracia de Cristo»<sup>83</sup>. Y poco más adelante añade que también se admite a la gracia «a los mayores pecadores y a los que mucho han pecado contra Dios, si después han creído».

Citemos también algunos textos de S. Cipriano a propósito del perdón de los lapsi, para insistir, como decíamos, en cómo también estos pecados formaban parte de la materia de la confesión.

En el otoño del 254 escribió al Papa Esteban, a Roma, insistiéndole en que dé la paz a los caídos a causa de la herejía de Marciano. Prenendía Marciano, siguiendo a Novaciano, que se negase el perdón a los caídos, aunque se arrepintiesen e hiciesen penitencia. Con gran energía y claridad le dice S. Cipriano: «A nosotros corresponde probar y remediar este asunto, hermano carísimo, a nosotros que pensando en la misericordia divina y manteniendo un justo equilibrio en el gobierno de la Iglesia, mostramos la serenidad y el vigor a los pecadores, de tal modo que no denegamos, sin embargo, el remedio de la bondad y misericordia divina para levantarse a los lapsos, y para curarse a los heridos»<sup>84</sup>.

Como se ve, no es una actitud negligente o conformista la que lleva a S. Cipriano a no valorar la importancia de la caída, y por tanto a conceder, sin especial dificultad, el perdón. Por el contrario recomienda ese «justo equilibrio» entre la represión vigorosa y la bondad y la misericordia divinas, que a ninguno debe negarse, en las debidas condiciones.

Veamos también el caso de apostasía de los Obispos Basílides y Marcial, que según narra Cipriano habían sido depuestos de sus sedes —al parecer la de León-Astorga y Mérida respectivamente<sup>85</sup>— porque se habían «manchado con el libelo de idolatría y nefandos crímenes» entre los que se enumeran —denunciados por numerosos testigos y confesados por los mismos culpables— además de la apostasía, la blasfemia contra Dios, el engaño al Papa Esteban, la asistencia a torpes convites de los gentiles, etc.<sup>86</sup>. Cipriano, juntamente con 36 Obispos africanos, contesta a la Iglesia española diciendo que están de acuerdo en que sean depuestos de sus cargos, pero «que se les admita a penitencia, porque así lo decretaron por unanimidad todos los Obis-

83. *Epist.* 64,5; PL 3,1018.

84. *Epist.* 68,1; PL 3,991.

85. Severino GONZÁLEZ RIVAS, cfr. *La Penitencia en la primitiva Iglesia española*, Salamanca 1949, p. 30.

86. S. CIPRIANO, cfr., *Epist.* 67,5 y 6; PL 3,1027-28.

*pos del universo bajo la dirección del Papa Cornelio*». Se está refiriendo Cipriano al Concilio que el año 251 convocó el Papa Cornelio en Roma, en el que se tomaron las mismas medidas —«con la misma seriedad y conveniente moderación, vinieron a concordar con nuestra decisión»<sup>87</sup>— que las que ese mismo año se habían adaptado en el sínodo que S. Cipriano reunió en Cartago.

Por tanto podríamos resumir el pensamiento y las enseñanzas de Cipriano diciendo que: a) contra las tendencias rigoristas, admite a todos los lapsos a la penitencia<sup>88</sup>; b) contra los laxistas, por el contrario, inculca que la reconciliación no sea concedida «antes de expiados los delitos, antes de haber sido hecha la confesión del crimen»<sup>89</sup>.

13. En cuanto a la *Didascalia* —como ya vimos— enseña que pueden perdonarse todos los pecados —y por tanto deben incluirse en la materia de la confesión—. El desconocido autor de la *Didascalia* menciona explícitamente el adulterio y la apostasía entre los pecados que pueden perdonarse; amonesta así a los Obispos: «*Curad y recibid a los que se arrepienten de sus pecados. Si no recibes a los que se arrepienten, porque no eres misericordioso, pecas contra el Señor Dios, pues no obedeces a nuestro Señor y Dios al no obrar como El obró. El perdonó a aquella mujer que había pecado, a quien los ancianos habían llevado a su presencia, dejándola en sus manos para que la juzgara, marchándose ellos. El, que es el único que escruta los corazones, le preguntó: '¿Te han condenado los ancianos, hija mía?'. Ella respondió: 'No, Señor'. Y nuestro Salvador le dijo: 'Tampoco yo te condeno; vete y no peques más'. ¡Obispos!, que en esto nuestro Salvador, nuestro Rey y nuestro Dios sea para vosotros un signo: sed como El y seréis mansos, humildes, misericordiosos y clementes*»<sup>90</sup>.

En cuanto al perdón del pecado de apostasía, cita el texto íntegro de la oración de Manasés y añade: «*Habéis oído, queridos hijos, Manasés rindió un culto impío a los falsos ídolos e hizo perecer a los justos; pero, cuando se arrepintió, el Señor le perdonó. No hay pecado peor que el culto de los ídolos y, con todo, aún se le dio ocasión de arrepentirse*»<sup>91</sup>.

No aparece ningún texto que pueda hacer pensar que después del bautismo no haya perdón de los pecados.

87. *Epist.* 55,6; PL 3,767.

88. *Epist.* 57,1 y 68,1; PL 3,853 y 1019.

89. *De lapsis*, 16; PL 4,479.

90. *Didascalia Apostolorum*, 6.

91. *Ibidem*.

## CAPÍTULO III

## LA CONFESION ORAL Y SECRETA

La confesión que precedía a la penitencia, ¿era pública o secreta? Debe distinguirse entre la penitencia o satisfacción y la manifestación oral o confesión de los pecados.

Puede admitirse una cierta relación entre el modo de la satisfacción y la manifestación oral de los pecados: al menos la penitencia pública, por su finalidad de reparar el escándalo, llevaría consigo que se supiera por qué motivo se hacía penitencia. En tales condiciones, la penitencia privada estaría unida al carácter secreto de la confesión y la penitencia pública al carácter notorio de los pecados confesados.

Pero esto no ha de tenerse así de modo absoluto. Para el carácter de reparación de la penitencia pública, bastaba el conocimiento por los miembros de aquella Iglesia del estado de penitente, del que purgaba sus faltas. Para quien conociera el pecado, esto era suficiente; quien no conociera el pecado, no habría sufrido escándalo y, por tanto, no puede hablarse de reparación.

Además, la distinción entre uno y otro tipo de penitencia no es tan simple por la ausencia de contornos claros entre ambas.

Veamos lo que podemos deducir de los textos.

1. Donde ha existido el presbítero penitenciario, como por ejemplo en *Constantinopla*, era seguramente secreta. En Constantinopla existía en el siglo IV el presbítero penitenciario, recomendable entre todos los sacerdotes por sus costumbres, su discreción: era encargado por el obispo de recibir la confesión de los pecadores y de fijar a cada uno la satisfacción según su falta. La institución de este presbítero penitenciario se remonta a los tiempos de Decio, aproximadamente, según Sócrates (mitad del siglo III)<sup>92</sup>. Este ministerio duró hasta el fin del siglo IV y fue abolido por Nectario en 391, predecesor de S. Juan Crisóstomo<sup>93</sup>.

Según Zósimo, este presbítero fue establecido para remodiar los inconvenientes de la confesión pública, que los Obispos encontraban

92. «Después de que Novaciano se separase de la Iglesia, aquellos que habían caído en la persecución de Decio no quisieron unirse; por el mismo tiempo los obispos añadieron al presbítero penitenciario en el elenco eclesiástico». SÓCRATES, *Hist. Ecclesiastica*, 5,19; PG 67,613.

93. «Por aquel tiempo, el obispo constantinopolitano Nectario, abolió el cargo del presbítero encargado de los penitentes». ZÓSIMO, *Hist. Ecclesiastica*, 7,16; PG 67,1460.



penosa y odiosa, ya que al parecer —según estos historiadores y también repite Casidoro<sup>94</sup>— había una cierta costumbre de que los fieles confesasen sus delitos ante la multitud, como en un teatro.

De aquí parece deducirse que, si bien en algunos sitios la confesión pública llegó a darse de hecho, no era del agrado de la jerarquía y su uso fue rápidamente suprimido. La confesión auricular estaba pues en vigor conjuntamente con el régimen del presbítero penitenciario y este estado duró hasta el episcopado de Nectario, como ya hemos dicho, en que suprimió este cargo en Constantinopla, en razón del escándalo producido por la profanación del templo por un penitenciario con una matrona. De todos modos, si el motivo inmediato para esta supresión fue el escándalo aludido, parece que también pudo influir el hecho de que terminadas las persecuciones, ya no fuera tan necesario un proceso inquisitorial sobre la cuestión de los *lapsos*, que al menos en parte motivó esta institución.

Pero la desaparición del penitenciario no significa que se suprimiera el presbítero como confesor, sino simplemente el cargo de penitenciario —lo que influyó en que cayera en desuso la penitencia pública para los pecados públicos—; al menos S. Juan Crisóstomo (344-407) que sucedió a Nectario en la sede patriarcal, habla en sus obras de presbíteros confesores<sup>95</sup>. Y menos aún significa que se suprimiera la confesión sacramental, como llegó a decir Calvino<sup>96</sup>. ¿Cómo no le habrían condenado sus contemporáneos y los Padres del siglo V?

Vale la pena citar un texto de S. Juan Crisóstomo sobre la confesión secreta, en las exhortaciones a la penitencia durante la cuaresma: «*Dios no os pide revelar vuestras faltas delante de testigos en medio de un teatro; El os dice: 'confesad las faltas a mí solo, previamente, a fin de que Yo cure la llaga y te quite tu peso'*»<sup>97</sup>. Se entiende que es a través del sacerdote.

2. Volviendo a nuestra época, es evidente que la confesión recomendada por *Orígenes* es secreta. Entre los siete medios de perdón que enumera el gran doctor de Cesarea remarca «*esta ruda y dolorosa vida de la penitencia, en la que el pecador arroja sus lágrimas, que son el pan de sus días y de sus noches, y que no tiene vergüenza de revelar su falta al Obispo para pedirle remedio*»<sup>98</sup>. Pero quizá uno de

94. CASIDORO, cfr. *Historia tripartita*, 9,35; PL 69,1151.

95. S. JUAN CRISÓSTOMO, Hom 4,4 in *Lazarum*; PG 48,1012.

96. «Si la confesión auricular era ley de Dios, ¿por qué se atrevió Nectario a abolirla y anularla? CALVINO, cfr. *Institución de la Religión cristiana*, 3,4,7, 1559. Fundación Editorial de Literatura Reformada, Países Bajos, 1967.

97. S. JUAN CRISÓSTOMO, Hom 4,4 in *Lazarum*, PG 47,1012.

98. ORÍGENES, In *Lev. Hom* 2,4; PG 12,418.

los mejores textos —y primeros— en pro de la confesión secreta que se conozcan, sea aquel otro de Orígenes en el que aconseja al pecador confiar sus pecados en secreto a un médico prudente que decidirá si conviene o no que se acuse públicamente: *«Observa con cuidado a quien confiesas tus pecados. Pon a prueba al médico para ver si sabe ser débil con el débil y llorar con el que llora, si conoce el arte de compartir el dolor y el sufrimiento. El que prescribe un tratamiento, ¿se ha mostrado también médico antes compartiendo lo que sabe? Entonces, si te ha dado un consejo, ejércitalo, síguelo. Si ha reconocido y probado que tu enfermedad era de las que piden ser expuestas en la asamblea de los fieles, lo que dará a otros una ocasión de ser edificados y a ti mismo el medio de ser curado, es necesario reflexionar largamente y someterse al consejo de la experiencia de este médico»*<sup>99</sup>.

3. Tertuliano quiere, paralelamente, que el pecador tenga confianza en la conciencia de los Obispos para no ocultarle ninguna falta, señalando que *«los enfermos que ocultan a los médicos sus enfermedades, morirán»*. Sin duda por la penitencia pública, la culpabilidad de los fieles recibía alguna publicidad, pero la condición de penitentes no debía ser peor que la de catecúmenos. De otra parte, Tertuliano dice que la confesión que precedía al bautismo era secreta: *«Para los que iban a recibir el bautismo (...) se rogaba para que confesaran todos sus delitos anteriores (...). Nos es grato que no sean confesados públicamente nuestras iniquidades y torpezas»*<sup>100</sup>.

4. En S. Cipriano no aparece ningún texto en el que se diga, o del que pueda deducirse, que la confesión oral de los pecados debiera hacerse necesariamente en público. En cambio, sí hay otros con alusiones claras a la confesión secreta, como aquél que nos muestra a los fieles delicados que *«sin haber cometido idolatría más que de pensamiento, solicitan confesar su falta a los sacerdotes de Dios y practican la exomologesis de su culpabilidad»*<sup>101</sup>.

5. Añadamos sólo un texto de siglos posteriores, de S. León Magno (440-461), que afirma que la revelación de los pecados secretos es *«contraria a la regla apostólica. Es suficiente indicar sólo a los Obispos por una confesión secreta, el estado de la conciencia»*<sup>102</sup>.

La confesión secreta, auricular, estaba pues en uso en Italia, en

99. In Ps 37, hom 2,6; PG 12,1386.

100. TERTULIANO, *De baptismo*, 20; PL 1,1222.

101. CIPRIANO, *De lapsis*, 28; PL 4,488.

102. S. LEÓN MAGNO, *Epist. ad episcoporum Campaniae*, 2; PL 54,1211.

Africa, en Constantinopla, así como en Asia Menor y en las principales Iglesias de Oriente y Occidente, según lo que se puede hacer constar por los documentos del siglo III y más aún del siglo IV y V. Y se puede afirmar que esta institución se remonta a los orígenes de la Iglesia: si bien faltan textos anteriores a la época que estamos estudiando —siglo III— que permitan evidenciar esta afirmación, tampoco se pueden aportar otros que la contradigan. Si la mención de la confesión secreta, preparatoria a la penitencia, es rara o incluso falta en los textos primitivos, es o puede ser, porque a los ojos de los cristianos de este tiempo, no tenía más que una importancia secundaria: toda la atención se ponía entonces sobre lo que seguía a esta confesión, sobre la penitencia propiamente dicha, sobre el número de los ejercicios laboriosos y públicos que Tertuliano ha descrito con el nombre de *exomologesis*.

En cuanto a la obligatoriedad, la confesión pública de los pecados, especialmente de los secretos, no fue un precepto en la penitencia pública, a lo más podía ser un consejo. El uso abusivo de la confesión pública tuvo, quizá, como punto de partida, la manifestación pública de ciertos pecados por algunos penitentes, con el consentimiento de sus confesores, con la intención de evitar que otros cayeran en los mismos pecados.

En todo caso, la confesión pública no fue más que una excepción en la Iglesia primitiva, y donde se señaló como obligatoria, los jueces severos más competentes la condenaron como abusiva. La sola publicidad que la Iglesia de los primeros siglos haya exigido a sus hijos culpables de pecados graves, ha sido la de su penitencia pública o *exomologesis*.

Los datos históricos que hemos visto nos parece que muestran claramente este hecho, si bien puede decirse que no insisten sobre él: no ha de extrañar. El sigilo sacramental y el derecho del pecador a conservar su intimidad y fama pertenecen al derecho natural, evidentemente nunca desconocido por la autoridad eclesiástica. Podría hablarse de grados en cuanto al modo de guardar el silencio sobre los hechos culpables, y así, puede pensarse que el límite máximo de manifestación fue la penitencia pública, pero desconociendo el motivo por el que se aplicaba. Sin embargo, y no ha de olvidarse, todos los textos anteriores pueden interpretarse, si bien no lo muestran de forma irrefutable, como referidos solamente a pecados que, por su materia propia, son públicos, en el sentido de que se han cometido de forma externa y ante un testigo, al menos: claramente en los casos de apóstatas —los más tratados— y también de adulterio, y aún, verificando ciertamente una extensión límite, de homicidio.

No pretendemos que esta interpretación restringida sea la única



posible; pero sí es la más coherente, en nuestra opinión, tanto con los datos históricos como con la doctrina; y al no olvidar que, tantas veces, prácticas contrarias ocasionales han sido calificadas como abusos por los autores contemporáneos, podemos afirmar que se presenta como la más probable.

Ahora bien, si es la más coherente y la más probable, el decir que no es la única, no manifiesta que no sea la verdadera, sino precisamente lo contrario.

## CAPÍTULO IV

### LA PENITENCIA PRIVADA

#### 1. *La penitencia pública*

En la Iglesia primitiva, la penitencia impuesta a los pecados capitales y sus afines que eran conocidos públicamente, debía cumplirse de modo público también. Con esta penitencia pública o exomologesis, quedaba patente a los ojos de todos los que tenían noticia de esos pecados, la satisfacción o reparación del escándalo<sup>103</sup>. Esta penitencia tenía una duración variable, pero en todo caso larga.

Estos pecadores entraban a formar parte del estado o clase de los penitentes<sup>104</sup>. Durante el tiempo de la expiación, el penitente quedaba

103. «Por la exomologesis nosotros confesamos todas nuestras faltas al Señor (...) para comenzar nuestra satisfacción, hacer penitencia y aplacar su cólera; por esta penitencia el hombre se prosterna y humilla, poniéndose en una actitud que atrae la misericordia de lo alto. El penitente debe expresar por su género de vida, el arrepentimiento del cual hace profesión, acostarse bajo el sol y la ceniza, no lavarse, librar su alma de la tristeza, compensar sus faltas con la austeridad de vida, vivir de pan y agua, unir al ayuno la oración y las lágrimas, implorar noche y día al Señor, prosternarse delante de los sacerdotes, arrojarse delante de los amigos de Dios, suplicar a todos los hermanos que intercedan por él... Así el pecador, por sus sufrimientos temporales, quita la deuda de los eternos suplicios». TERTULIANO, *De paenit.* 9,2-4; PL 1,1243-44.

104. «El que llora tiene su puesto al exterior de la puerta del oratorio; este pecador que está allí debe implorar de los fieles, al pasar, que ofrezcan oraciones por él. En cambio el que oye la palabra de Dios tiene su puesto al interior de la entrada, bajo el pórtico; este pecador debe estar allí hasta que salgan los catecúmenos y marcharse después. Porque dicho está que quien escucha las Escrituras y la doctrina sea puesto fuera y considerado indigno del privilegio de la oración. La postración es el caso de quien permanece dentro de las puertas del templo y luego sale al mismo tiempo que los catecúmenos. La restauración es el caso de quien está asociado a los fieles y no sale con los catecúmenos. Por fin, en último lugar, viene la participación en los sagrados misterios». GREGORIO EL TAUMATURGO, *Epist. Canónica* 11; PG 10,1048.

excluido de la Eucaristía, para no profanar el sacrificio de los cristianos<sup>105</sup>, y por su propio interés, para evitar que se condenase más, comulgando indignamente<sup>106</sup>, si bien no se le privaba de las oraciones de la Iglesia. Cumpliendo el tiempo de expiación los penitentes eran reconciliados por el obispo, mediante la imposición de las manos. La satisfacción preparaba al culpable para la nueva entrada en el goce completo de sus derechos de cristiano y en la participación del Cuerpo y Sangre del Señor<sup>107</sup>.

Cuando estos pecados no pasaban de ser ocultos, parece ser que el sometimiento a este tipo de penitencia era voluntario, como se deduce de un texto de S. Cipriano en el que alaba la confesión y la práctica de la exomologesis de los que tuvieron intención de cometer delito de apostasía, aunque no llegaron a cometerlo<sup>108</sup>.

En siglos inmediatamente posteriores encontramos textos en los que claramente se indica que, para que la penitencia pública fuese obligatoria, era necesario que los pecados cometidos fuesen públicos<sup>109</sup>.

Por estos textos vemos que es equivocada la afirmación de los que piensan que la práctica de castigar privadamente los pecados privados comenzó en el año 700.

Algunos rigoristas han dicho que en estos textos se está hablando de pecados no capitales o canónicos. Según S. Agustín este argumento tampoco es válido, pues vale la misma regla para cualquier clase de pecados<sup>110</sup>.

Ahora bien, en los primeros siglos de la Iglesia, ¿existió la peni-

En las prescripciones penitenciales del Sínodo de Ancira (año 314), cánones 4 y 5, aparecen estas tres clases de penitentes.

105. «Todo aquél que tenga contienda con su compañero no se junte con vosotros hasta tanto no se haya reconciliado, a fin de que no se profane vuestro sacrificio». DIDACHE, 14,2. Ench. Patrist. de Rouet de Journel, p. 3.

106. S. CIPRIANO: «Antes de imponer las manos el obispo y el clero para la reconciliación, se atreven a ofrecer el sacrificio por ellos y administrarles la Eucaristía, es decir, a profanar el sagrado Cuerpo del Señor». *Epist.* 15,1; PL 4,254.

107. «... a fin de que impuesta la mano como signo de reconciliación, vayan al Señor con la paz que nos solicitaron». S. CIPRIANO, *Epist.* 18,1; PL 4,259.

108. «De cuánta mayor fe y mejor temor están dotados los que, si bien o son reos de delito de sacrificio o de certificado, con todo, porque al menos tuvieron intención de cometerlo, se confiesan con dolor y sencillez de esto mismo ante los sacerdotes de Dios y practican la exomologesis de su culpabilidad». S. CIPRIANO, *De lapsis* 28; PL 4,488.

109. «Si algún pecado es no sólo grave sino también escandaloso para otros, no recuse el obispo, para utilidad de la Iglesia, que la penitencia sea hecha con noticia de muchos o de toda la Iglesia». S. AGUSTÍN, *Sermón* 351,9.

«Si el obispo, por sí mismo o por un confidente conoce un crimen, pero no lo puede probar, no debe darlo a conocer: debe corregir en secreto, y la comunión permanece». CONCILIO VASENSE I (año 422), canon 8.

110. «Sea corregido en secreto (el homicidio que sea conocido sólo por el obispo), y ponga el juicio ante los ojos de Dios, a la vez que lo persuade a una penitencia consciente y cruenta». S. AGUSTÍN, *Sermón* 82,11.

tencia privada o la satisfacción penitencial se redujo a la exomologesis o penitencia pública?

## 2. Argumentos sobre la existencia de la penitencia privada

La existencia de la penitencia privada en los primeros siglos de la Iglesia es una cuestión muy debatida.

Los protestantes están de acuerdo, en general, en afirmar que el comienzo de esta penitencia data de los siglos VII y VIII, y habría sido introducida en Europa por la influencia de los monjes irlandeses<sup>111</sup>. Esta práctica se habría difundido entre los fieles por las dificultades de afrontar las humillaciones y las consecuencias de la penitencia pública. Estos misioneros recibirían las confesiones y graduarían las penitencias en función de la naturaleza y el número de las faltas acusadas; de ahí nacerían los «libros penitenciales».

Entre los católicos, Poschmann<sup>112</sup> niega que se haya dado alguna huella de penitencia privada antes del siglo VII, incluso en S. Agustín<sup>113</sup>. Otros autores católicos, sin admitir una antigüedad anterior a S. Agustín, admiten al menos su existencia a partir de esa época<sup>114</sup>; o bien en S. León Magno<sup>115</sup> o en Cesáreo de Arlés<sup>116</sup>.

Según Poschmann, en los Padres sólo se encontrarían dos formas de penitencia: la cotidiana privada (oración, limosnas, etc.) para los pecados menores, y la penitencia canónica para los mortíferos. Y los «medicamentos de corrección» de que habla S. Agustín («De fide et operibus» 26,48) no serían sino exhortaciones a la penitencia, pero no estaría probado que deban entenderse como una absolución privada<sup>117</sup>.

En el siglo VII se habría introducido la penitencia privada, comenzando por España y Francia. Habría sido preparada por la penitencia privada que por devoción hacían los «conversos». Las dificultades de la penitencia canónica (dilación de la penitencia hasta el mo-

111. Teoría propuesta por LONING —*Geschichte des Kirchenrechts*, II, p. 468— y vulgarizada por HARNACK —*Dogmengeschichte*, 111, pp. 324 y ss.—.

112. POSCHMANN, cfr. *Paenitentia secunda*, Bonn 1940.

113. *Kirchenbusse und correptio secreta bei Augustinus*, pp. 22 y ss.

S. Agustín distingue entre penitencia «de la que tiene noticia toda la Iglesia», penitencia «de la que tienen noticia muchos» y penitencia «de la que no tiene noticia nadie» (Sermón 351,9). La segunda sería la semipública. La tercera sería precisamente la privada, o mejor, secreta.

114. K. ADAM, cfr. *Die geheime Kirchenbusse nach den heil Agustin*, 1921.

115. BATIFFOL, cfr. *Les origines de la penitence*, Paris 1902.

116. M. TIXERONT, cfr. *Le sacrement de la penitence dans l'antiquité chretienne*, 1914.

117. POSCHMANN, cfr. *Sancti Aurelii Augustini textus selecti de paenitentia*, en «*Flo- rilegium patristicum*», fasc. 38, Bonn 1938, p. 75.



mento de la muerte por temor a las consecuencias; comuniones sacrílegas; situaciones penosas de los reincidentes; tendencia a sustituir la penitencia canónica por la vida monástica o «conversión», considerada como un segundo bautismo), impondrían un cambio de forma.

La razón de esta actitud parece que debe buscarse en una concepción especial de la penitencia privada por parte de este autor. La entiende como una segunda forma de la penitencia oficial, reconocida como vía normal del perdón para un cierto tipo de faltas, con sus fórmulas propias, administrada paralelamente a la penitencia pública y, por tanto, tan distinta de ella como lo es hoy la absolución de una censura, de la absolución propiamente dicha, del pecado.

La cuestión que nos interesa examinar es si la Iglesia en los primeros siglos, ha concedido el perdón de los pecados sólo por la penitencia pública; si ha considerado que su poder de perdonar en nombre de Dios estaba absolutamente ligado a esta forma de expiación.

La penitencia pública llevaba consigo, como hemos visto, la inclusión en el rango de los penitentes, cierto grado de publicidad, y la exclusión, al menos temporal, de la comunidad.

En un sentido estricto, la penitencia privada requeriría que el perdón se concediese fuera de todo testigo, entre el confesor y el penitente, igual que hoy <sup>118</sup>. Poschmann afirma que, para admitir la existencia de la penitencia privada, habría que encontrarse frente a una entidad jurídica etiquetada, clasificada, teniendo su ámbito propio y reservado, sin relación ninguna con la penitencia pública. Y fuera de ahí, sea cual sea el secreto de la confesión o absolución, rehusa hablar de penitencia privada; dice, por ejemplo, que no sería penitencia privada dar la absolución en el mismo momento de la imposición de la penitencia por peligro de muerte próximo.

Sin embargo Galtier <sup>119</sup> opina que el sentido más real es considerar que la penitencia privada no depende —en su existencia— de la expiación del pecador, sino del perdón dado por el sacerdote. Y en este sentido, lo que habría que preguntar es si la Iglesia antigua, para absolver en nombre de Dios, ha seguido siempre el modo solemne representado por la reconciliación consecutiva a la penitencia pública,

118. Ese es el sentido que siguen tanto los no católicos como algunos católicos que niegan la existencia de la penitencia privada (Lea entre los primeros, y Boudinhon y Vacandard entre los segundos: LEA, *A history of auricular confession and indulgences in the Latin Church*, 1886; BOUDINHON, *Hist. de la penitence*, en *Rev. d'hist. et de litt. relig.*, 1897; VACANDARD, en diversas publicaciones sobre la confesión, en *Rev. du cl. fr. t. XXVII*, p. 611 por ej); y también algunos católicos que la admiten, para todas las épocas o a partir del siglo IV: RAUSCHEN, *L'Eucharistie et la penitence*, p. 208).

119. P. GALTIER, cfr. *L'église et la rémission des péchés aux premières siècles* (1932), Paris.

o ha seguido también el modo estrictamente privado representado por el uso actual.

Según Galtier, para los partidarios del sentido estricto o estrecho en cuanto al modo de concebir la penitencia privada, dos concepciones tan diferentes de la penitencia —la pública y la privada— no habrían podido coexistir ni pasar de una a otra.

Esta concepción de la penitencia parte de un «a priori» falso que nace de la oposición que se atribuye a las palabras «pública» y «privada» y en el hecho de que la penitencia privada no tenga hoy ningún elemento público, de donde deducen que debió ser siempre así y que siempre ha habido exclusión total de una u otra de estas dos maneras de remitir el pecado.

A esto habría que decir que para ofrecerse a expiar el pecado formando parte del rango de los penitentes, había que reconocerse culpable ante el sacerdote, y esto es un elemento de orden privado dentro del conjunto de la penitencia pública. Por tanto tampoco hay que excluir «a priori» que la penitencia privada haya comportado de su parte, en ciertos casos, algún elemento de orden público. Por otra parte, los antiguos no oponían verbalmente las palabras «privada» y «pública»; no hablaban de penitencia privada, pero la expresión penitencia pública también aparece muy raramente <sup>120</sup>.

Tampoco la abstención de acercarse a la Eucaristía era un rasgo diferenciador decisivo, pues había abstenciones voluntarias numerosas: se asistía a misa, pero no se comulgaba muchas veces. El Concilio de Antioquía (341; c.2) y el de Toledo (400) condenaron esta actitud. Si no podían comulgar debían confesarse, y si podían comulgar no debían abstenerse regularmente. Otra prueba de que la penitencia pública no se podía reducir al alejamiento de la Eucaristía lo demuestra el hecho de que el Papa Siricio, que rehusaba la penitencia pública a los relapsos, les decía que debían asistir a misa, sin comulgar <sup>121</sup>.

Otra razón para no negar —para reconocer— la existencia de la penitencia privada, es el hecho de que, si la penitencia pública se hacía sólo para los pecados externos más graves y éste fuese el único ejercicio del poder de las llaves, un número enorme de pecados mortales no pasaría por el tribunal de la penitencia, lo que no es fácil conciliar con el capítulo 7 de la ses. 14 del Concilio de Trento <sup>122</sup>, a

120. Galtier la ha encontrado muy pocas veces en los cinco primeros siglos: una en Gennade —*Lib. dogm.*, 53; PL 58,924—; en S. León —*ad Rusticum*, 19; PL 54,1209—; en el canon 2 del Concilio de Toledo del año 400; y en otros tres casos más.

121. SIRICIO, PAPA, *Ad Himerium Epist.* 5; PL 13,1137.

122. «... ninguna reserva exista en el artículo de la muerte, y, por tanto, todos los sacerdotes puedan absolver a cualesquiera penitentes de cualesquiera pecados y censuras».

no ser que se diga otro dislate mayor: que sólo los tres pecados capitales eran tenidos por mortales.

*Tixeront* defiende como cierta la existencia simultánea de ambas clases de penitencia en la antigüedad. Dice que no se trata de dos instituciones paralelas, cuyos elementos hayan sido en una todos públicos y en otra todos privados; sino que estas palabras se refieren principalmente al elemento más visible, llamándose por antonomasia penitencia, a la satisfacción, que tenía entonces, sin duda, suma preponderancia: unas veces era solemne, otras simplemente pública y otras privada <sup>123</sup>.

### 3. *Textos sobre la penitencia privada*

Hasta aquí las razones en favor de la existencia de la penitencia privada, desde el mismo comienzo de la Iglesia. Si bien es cierto que en los primeros siglos los textos a su favor abundan menos que aquellos en los que se habla de la penitencia pública, nos parece, siguiendo a Galtier y a otros autores, que hay indicios más que suficientes para confirmar las razones anteriormente expuestas. No obstante, habremos de hacer referencia aquí también a textos posteriores al siglo III, aunque al no encontrar en ellos ningún aire de innovación, se puede suponer, sin dificultad, que esa misma disciplina se seguía en siglos anteriores.

*Orígenes*, tras exhortar a la confesión del pecado como quien vomita un manjar mal digerido para sanar, prosigue: «*Solamente examina con circunspección a quien debes confesar tu pecado. Prueba primero al médico a quien expongas la causa de tu enfermedad, que sepa compadecerse (...) para que sigas el consejo que te diere; si entendiese que es tal tu enfermedad que debe exponerse y curarse en la reunión de toda la Iglesia, de lo cual quizá todos los demás puedan edificarse y tú sanar, sigue el consejo del médico experto*» <sup>124</sup>.

Otro texto de *Orígenes* es aquel en que contraponiendo los pecados enormes que exigían penitencia pública a los demás, dice de estos últimos: «*esos comunes, en que con frecuencia incurrimos, siempre reciben penitencia, y se redimen sin intermisión*» <sup>125</sup>.

En el *Concilio de Elvira*, los Padres conciliares hablan de un tipo de penitencia distinta a la pública, sacramental y que no puede ser otra que la privada.

123. TIXERONT, *Le sacram. de pen.*, pp. 34 y 35.

124. ORÍGENES, *In ps.* 37, Hom. 2,6; PG 12,1386.

125. *In Lec.* 15,2; PG 12,561.



El peligro de muerte, además de servir para adelantar la absolución a los que estaban practicando la penitencia pública<sup>126</sup>, era motivo también para ofrecer la reconciliación y el perdón a los que, hasta entonces, habían vivido en pecado, como se ve por ejemplo en el canon 47<sup>127</sup>.

Por ahí se ve que se absolvía al adúltero moribundo, si, exhortado a arrepentirse, prometía enmendarse de su pecado. Como en esas circunstancias no hay lugar para la penitencia pública, y sin embargo, se le da el perdón lo mismo que si hubieran precedido largos años de penitencia, se ve la existencia en la Iglesia española de otra penitencia distinta de la pública para reconciliar al pecador con Dios y con la Iglesia.

Pero además de en trance de muerte, también durante la vida se concedía el perdón de los pecados sin la penitencia canónica o pública, como se ve en el canon 14: a estas jóvenes deshonestas, sin ser sometidas a la penitencia pública, al cabo de un año se les concedía la reconciliación<sup>128</sup>. En este sentido parece que deben entenderse también otros cánones. Tras una excomunión temporal se obtenía la reconciliación<sup>129</sup>. Y en un caso, sin preceder excomunión ninguna, se concede el perdón: al usurero seglar que, corregido de su falta, promete enmendarse<sup>130</sup>.

Uno de los hechos más conocidos que se suelen aducir en defensa de la existencia de la penitencia privada es la reconciliación de los hereéticos simples (los que habían sido bautizados fuera de la Iglesia católica). Así como para la reconciliación de los hereéticos apóstatas (los bautizados en la Iglesia católica) se exigía claramente la penitencia pública<sup>131</sup>, no era así para los primeros, a los que se exigía tam-

126. «A la mujer cristiana que haya abandonado al marido adúltero cristiano y se case con otro, se le prohíbe el matrimonio; si se casa, que no reciba la comunión antes de haber muerto el marido abandonado, a no ser que la necesidad de una grave enfermedad obligue a ello». (Concilio de Elvira, Canon 9).

127. «Si algún cristiano, teniendo mujer cometiére adulterio, no una sino varias veces, puesto en peligro de su vida, será reprendido; y si promete la enmienda, désele la comunión. Pero si restablecido vuelve a cometer adulterio, no se le dé más la comunión, no parezca que se burla de ella». (Concilio de Elvira, canon 47).

128. «Las vírgenes que no guardaran su virginidad, si llegan a casarse con aquellos que las violaron, deberán ser reconciliadas sin penitencia después de un año, porque sólo les faltaba el matrimonio. Pero si conocieron a otros varones, por haber fornicado, no serán admitidas a comunión hasta después de cinco años de penitencia». Concilio de Elvira, canon 14. MANSI, 2.

129. «Si el que habita en la ciudad no va a la Iglesia tres domingos, ha de abstenerse por algún tiempo, hasta que se vea que se ha corregido». Canon 21. Ver también el 16,40, 50, etc.

130. «Si un laico se demostrara ser usurero y prometiera corregirse, perdónesele sin censura ni destierro» (canon 20).

131. S. CIPRIANO, cfr. *Epist.* 74,12.

bién una penitencia —«in facie Ecclesiae»— pero menor, más indulgente, aunque todos debían hacer penitencia: «*los que proceden del error y desean abrazar la verdad, no pueden pasar a ella sin penitencia*»<sup>132</sup>. El Edicto de Calixto ya decía que cualquiera que fuesen las faltas cometidas en la herejía y las penas de las que hubiesen sido objeto, bastaba ser recibido en la Iglesia católica para obtener el perdón<sup>133</sup>.

También se encuentran huellas de la recepción de los herejes simples en la Iglesia católica sin penitencia pública en el siglo II: S. Ireneo habla de numerosos heréticos que en Roma, bajo el Papa Aniceto (157-168) habían sido incorporados a la Iglesia por S. Policarpo<sup>134</sup>. Después de él, el mismo Cerdón fue recibido por dos veces a penitencia<sup>135</sup>. Y S. Dionisio de Corinto pone la herejía entre el número de los pecados de los que los pecadores deben ser recibidos en la Iglesia<sup>136</sup>.

Veamos ahora otros textos de S. Agustín: «*Quien conociere la bondad de Dios, puede estimar qué pena se deba a los pecados aquí y en el futuro juicio. Esto bien considerado, podrá juzgar con acierto quiénes no deben ser obligados a la penitencia acompañada de lágrimas y de suspiros, aunque confiesen sus pecados, y quiénes no puedan tener esperanza de salud si no ofrecieren a Dios el sacrificio del espíritu atribulado por la penitencia*»<sup>137</sup>.

Y en otro lugar dice: «*Y cuando él mismo (el pecador) hubiere ya pronunciado contra sí la sentencia de severísima medicina, venga a los prelados que le administrarán en la Iglesia el poder de las llaves; y como quien empieza ya a ser buen hijo, guardando el orden de los miembros maternos, reciba de los que están al frente de la dispensación de los sacramentos la medida de su satisfacción*»<sup>138</sup>.

Se comprueba, como decíamos, que estos textos no tienen ningún aire innovador. Además se deja un notable margen a la discreción de los sacerdotes, como aparece también claramente en otras disposiciones<sup>139</sup>.

El mismo Tertuliano, en su época montanista, habla de «aquella especie de penitencia que, de los delitos más ligeros, puede conseguir el perdón por medio del Obispo»<sup>140</sup>.

132. S. AGUSTÍN, *Epist.*, 93,13; PL 33,347.

133. HIPÓLITO DE ROMA, *Philos.*, 9,12; PG 16,3386.

134. S. IRENEO, *Adv. Haer.* 111,3; PG 7,852.

135. *Ibidem*, 4,3; PG 7,857.

136. EUSEBIO, *Hist. Eccl.* 4,23; PG 20,386.

137. S. AGUSTÍN, *De diversis quaestionibus* 83,26.

138. *Serm.* 351,4.

139. Cfr. canon 12 del Concilio de Nicea, el 5 del de Ancira, las epístolas canónicas de Basilio (3,74) y S. Gregorio de Nisa (1,2) y las decretales de S. Inocencio y S. León (10,159), etc.

140. TERTULIANO, *De pudic.* 18,18; PL 2,1017.

Por otra parte, también había casos diversos en que no se admitía a los pecadores a la penitencia pública: por ejemplo, las mujeres culpables de infidelidad no se admitían a penitencia sin consentimiento de su consorte, según disposición del Concilio II de Arlés, canon 22. Y como es sabido, los clérigos fueron también generalmente exceptuados de la penitencia pública, pues no parecía conforme a la edificación; se les degradaba y si ofrecían garantías de sincero arrepentimiento, eran admitidos a la comunión de los laicos <sup>141</sup>.

Otro texto que se puede aducir es la carta de S. León el Grande a Rústico de Narbona, en la que dice qué actitud hay que seguir con los cristianos que, bautizados de niños, han vivido entre bárbaros y vuelven a tierra cristiana después de haber vivido con ellos gentilmente: si piden la comunión no se les debe dar si han cometido algún pecado de los llamados capitales, y se les debe imponer la penitencia pública. Pero si sólo han participado en banquetes paganos, o comido alimentos inmolados a sus dioses, bastará que se abstengan, para purificarles e imponerles las manos. He aquí, por tanto, dos modos de purificación o de penitencia <sup>142</sup>.

El Papa Félix III (488) escribía a los Obispos de Sicilia a propósito de los que eran rebautizados por heréticos, que debían ser sometidos a penitencia pública, de mayor o menor duración, según las circunstancias (menor para los que los habían recibido por violencia). En cambio, a los niños, que sólo han pecado por ignorancia, bastará retenerles durante algún tiempo la imposición de las manos, sin someterles a la penitencia pública, que podrían no soportar por la fragilidad de su edad <sup>143</sup>.

Por todos estos hechos parece que puede deducirse o probarse que en los primeros siglos existía la penitencia privada. Y que la transición de la pública a la privada pudo hacerse sin brusquedades por el simple juego de instituciones ya existentes. El papel de los monjes irlandeses habría consistido en generalizar los modos de perdón simplificados que existían ya, perdiendo campo la pública ante la privada.

141. «Habiéndose contaminado (los obispos) Marcial y Basíldes del nefando certificado de idolatría y Basíldes, además de la mancha del certificado, estando enfermo en el lecho, blasfemó contra Dios, y reconoció que había blasfemado, y por remordimiento de su conciencia depuso el episcopado espontáneamente y se entregó a hacer penitencia, rogando a Dios y dándose por satisfecho si podía comunicar como laico; y Marcial (...) que había obedecido las órdenes de la idolatría y había renegado de Cristo (...); pueden ser admitidos a la penitencia, pero removidos del clero y de la dignidad episcopal». CIPRIANO, *Epist.* 67,6; PL 3,1028.

142. S. LEÓN, *Ad rusticum Epis.* inq. 19; PL 54,1209.

143. Cfr. PAPA FÉLIX III, ep. 7; PL 58,924-927.



## CONCLUSIONES

1. *El poder de las llaves.*—En las fuentes del siglo III analizadas se demuestra el poder de la Iglesia para absolver los pecados y el ejercicio de ese poder, lo que está en sintonía con los textos de los Padres anteriores a este siglo y con la Sagrada Escritura. Este poder y su ejercicio se comprueba tanto en la Iglesia de Oriente como de Occidente, tanto en Roma y Cartago como en Alejandría.

2. *Disciplina penitencial tradicional.*—Los que se apartaron de la disciplina penitencial tradicional, seguida desde el comienzo por la Iglesia con los adúlteros y apóstatas, no fueron el llamado edicto de Calixto y S. Cipriano, respectivamente, sino el montanismo y Tertuliano para los primeros, y Novaciano para los segundos. Al negar el perdón de la Iglesia a uno y a otros, ellos resultan ser los modificadores heterodoxos de la disciplina seguida desde siempre por la Iglesia.

3. *La obligatoriedad de la confesión.*—Aunque los Padres de la Iglesia y autores eclesiásticos de esta época, no estaban totalmente de acuerdo en la naturaleza y el número de los pecados que debían ser considerados como graves, todos consideraban una obligación—que hoy llamaríamos de derecho divino— la confesión de los pecados mortales, y todos podían alcanzar el perdón de Dios y de la Iglesia.

4. *Antigüedad de la confesión.*—En el siglo III aparecen ya textos suficientes sobre la existencia de la confesión. También existen fuentes anteriores al siglo III. Por otra parte, el hecho de que la satisfacción penitencial y la absolución se remonten a los orígenes de la Iglesia, establece al mismo tiempo la antigüedad idéntica de la confesión oral de los pecados.

5. *La confesión secreta.*—La confesión secreta o auricular estaba en uso en las principales Iglesias de Oriente y Occidente en el siglo III. Y a tenor de lo que se puede deducir de lo que dicen y de lo que silencian los textos, su origen se remontaría a los comienzos de la Iglesia. Esta confesión secreta precedía a la imposición de la penitencia.

6. *La confesión pública, no preceptiva y excepcional.*—La confesión pública de los pecados, especialmente de los secretos, en el momento previo a la reconciliación final, tras el cumplimiento de la penitencia pública, fue, a lo más, un consejo, no un precepto. En todo caso fue una excepción en la Iglesia primitiva y donde se señaló como obli-

gatoria, los jueces severos más competentes la condenaron como abusiva.

7. *La penitencia privada*.—En los primeros siglos, la Iglesia no se limitó a conceder el perdón sacramental de los pecados sólo por la penitencia pública; siguió también el modo estrictamente privado, también sacramental, representado por el uso actual, como lo demuestran las diversas razones y textos analizados en este trabajo.

# BIBLIOGRAFIA

- ADAM, K., *Kritische Bemerkungen zu Poschmanns Untersuchung*, Theol. Quart. 110 (1929), 1-66.
- D'ALES, A., *La Théologie de Tertullien*, Paris 1905, pp. 339-355.
- *L'Edit de Calliste, Études sur les origenes de la pénitence chrétienne*, Paris 1914.
- *Zéphyrin, Calliste, on Agrippinus*, Rech. de Science relig. 10 (1920), 254 ss.
- *La théologie de Saint Cyprien*, Paris 1922, pp. 272-303.
- *Novatien. Étude sur la théologie romaine au milieu du III siècle*, Paris 1924, pp. 138-169.
- *Diction. Apolog. de la Foi Cath.*, 3.1755-1784.
- AMANN, E., *Absolution*, D.T. C., 1, 1.<sup>a</sup>, 145-161.
- *Confession*, D.T. C., 3, 1.<sup>a</sup>, 838-861.
- *Hippolyte, Dictionnaire de Théologie Catholique*, 6, 2487-2511.
- *Novatien et Novatianisme*, D.T.C., 11, 1.<sup>a</sup>, 815-849.
- *Penitence*, D.T.C., 12, 1.<sup>a</sup>, 722-1138.
- ARIAS, J., *La pena canónica en la Iglesia primitiva*, Eunsa, Pamplona 1975.
- BARDY, G., *Origene*, D.T.C., 11, 2.<sup>a</sup>, 1555-1558.
- *Tertullien*, D.T.C., 15, 1.<sup>a</sup>, 159-163.
- *L'edit d'Agrippinus*, Rev. des sciences relig., 4 (1924), 1-25.
- *La Théologie de l'Eglise de S. Irénée au concile de Nicée*, Unam Sanctam 14, Paris 1947, 69-76.
- *La conversion au christianisme durant les premiers siècles*, Paris 1949.
- BATIFFOL, P., *L'edit de Calliste d'après une controverse recente*, Bull. de litt. ecclés. 7 (1906), 339-348.
- *Études d'Histoire et de Théologie positive. La discipline de l'arcane. Les origines de la penitence*, Paris 1902, 1926.
- BAUMGARTEN, P. M., *Die werke von H. C. Lea...*, Münster 1908.
- BEVENOT, M., *The sacrament of Penance and st. Cyprian's. De lapsis*, Theological studies, 16 (1955), 175-213.
- BOUDINHON, A., *Crítica a H. C. Lea en Rev. d'Hist. et Litt. Relig.*, 2 (1897), 306-344; 496-524.
- CAPELLE, B., *L'absolution sacerdotale chez S. Cyprien*, Recherches de Th. ancienne et médiévales, 7 (1935), Louvain, 221-234.
- CASEY, P. H., *Notes on a History of auricular confession*, Filadelfia 1899.

- CAVALLERA, *La doctrine de la pénitence au III siècle*, Bull. de Litt. ecclés. 30 (1929), 19-36; 49-63.
- CHARTIER, M. C., *L'Excommunication ecclésiastique d'après les écrits de Tertullien*, Antonianum, 10 (1935), 301-344; 488-536.
- *La discipline pénitentielle d'après les écrits de S. Cyprien*, Antonianum 14, (1939), 17-42; 135-156.
- DALMAU, J. M., *Síntesis del problema penitencial*, Encicl. Espasa, 43, 285 y ss.
- DALY, C. B., *Absolution and satisfaction in St. Cyprian's Theology of Penance*, Studia Patristica 2 (1957), 202-207.
- *The sacrament o Penance in Tertullian*, Irish Eccl. Record 69 (1947), 693-707; 815-821; 70 (1948), 731-746; 832-848; 73 (1950), 156-169.
- *The Edict of Callistus*, Studia Patristica, vol. 3, Berlín 1961.
- DI DIARIO, *Il sacramento de la penitenza nei primi secoli cristiani*, Nápoles 1908.
- D'ERCOLE, G., *Penitenza canonico-sacramentale delle origine alla pace constantiniana*, Roma 1963.
- ESSER, G., *Die Busschriften Tertullians De Paenitentia und De pudicitia das indulgenzedikt des Papstes Kallistus*, Bonner 1905.
- *Das indulgenzedikt Papste Kallistus und die Bussvorschriften Tertullians*, Katholik 1907-1908.
- FUNK, F. X., *Zur altchristlihen Bussdisziplin*, Paderbon 1897.
- *Das indulgenzedikt des Papstes Kallistus*, Theol. Quart 88 (1906), 541-568.
- GALTIER, P., *Le véritable Edit du Calliste*, R.H.E. 23 (1927), 465-488.
- *Le péché et la pénitence*, Paris 1929.
- *Les péchés incurables d'Origene*, Gregorianum, 10 (1929), 177-209.
- *L'église et la remission des péchés aux premières siècles*, Paris 1932.
- *De paenitentia tractatus dogmatico-historicus*, Paris 1923.
- *A propos de la pénitence primitive: méthodes et conclusions*, Rev. d'Hist. Eccl. 30 (1934), 517-557, 707-846.
- *Comment on écarte la pénitence privée* (Respuesta a Mortimer) en Gregorianum 21 (1940), 183-202.
- *Aux origenes du Sacrament de Pénitence*, Romae (Univ. Grego.), 1951, 157-187.
- *Diction. Apolog. de la Foi Cath.*, 3, 1784-1865.
- GARCÍA Y GARCÍA, A., *Historia del D. Canónico*, Salamanca 1967.
- GARCÍA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España*, Madrid 1929.
- *El perdón de los pecados en la primitiva Iglesia*, Rev. Razón y Fe 24 (1909), 49-57, 195-205; 25 (1909), 360-367; 26 (1910), 43-58, 457-466.
- GONZÁLEZ BLANCO, A., *La institución del sacramento de la Penitencia*, XXX Sem. Esp. Teol. C.S.I.C., Madrid (1972), 125-141.
- GONZÁLEZ RIVAS, S., *La penitencia en la primitiva Iglesia española*, Salamanca 1949; 16-20, 27-57.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, J. M., *El sacramento de la penitencia. Fundamentos históricos de su regulación actual*. Euns, Pamplona 1972.
- HASLEHURST, R. S. T., *Some account of the penitential discipline of the early Church in the first four centuries*, Londres 1921 (autor heterodoxo).
- HERRERO, Z., *La penitencia y sus formas. Examen de su evolución histórica*, Rev. Estudio Agustiniano, 7 (1972), 37-70, 231-254, 550-574.
- JANINI CUESTA, J., *La penitencia medicinal desde la Didascalia Apostolorum a S. Gregorio de Nisa*, Rev. Esp. de Teol. 7 (1947), 337-344.
- JOYCE, G. T., *Private Penance in the early Church*, Journal of theological studies, 42 (1941), 18-42.
- KARP, H., *La pénitence. Textes et commentaires des origines de l'ordre pénitentiel de l'Eglise ancienne*, Zürich 1970.



- MAYER, A., *Historia y Teología de la Penitencia*, Herder, Barcelona 1961.
- MAYER, A. y AA.VV., *Penitenza, Enciclopedia Cattolica* 9, 1952, 1104-1131.
- KOCH, H., *Cyprianische Untersuchungen*, Bonn 1926.  
— *Die Büsserentelesung in der alten abendlandischen Kirche*, Theol. Quart. 82 (1900), 481-534.
- LEA, H. C., *A History of auricular confession and indulgence in the latin Church*, Filadelfia 1896 (3 vol.) (autor protestante).
- MARTIN, J., *Cyprianus. De lapsis*, Bonn 1930 (Florilegium Patristicum 21).
- MORIN, J., *Commentarius historicus de disciplina in administratione sacramenti paenitentiae*, XIII. *Primis seculis in ecclesia occidentali et usque nunc in orientali observata*, Paris 1651.
- MORTIMER, C., *The origine of private penance*, Oxford 1939.
- NAVICKAS, J. C., *The doctrine of St. Cyprian on the sacraments*, Würzburg 1924.
- NICOTRA, G., *La doctrina di Cipriano sull efficacia dei sacramenti*, Scuola cattolica, 58 (1940), 496-504.
- PETAU, D., *Diatriba de poenitentia et reconciliatione veteris Ecclesiae moribus recepta*, ed. Vivés, 8 (1622-23), 442-443; Migne Griego 42, 1015-46.
- POSCHMANN, B., *Paenitentia secunda*, Bonn 1940.  
— *Penitence et onction des malades*, Histoire de dogmas 4, 3°, Paris 1966, 42-73.
- RAUSCHEN, G., *Eucharistie und Buss-sakrament in den ersten sechs der Kirche*, Bonn 1908.
- SAXER, V., *Vie liturgique et quotidienne a Carthage vers le milieu du III siecle*, Pont. Inst. de Arch. Crist. XXIX, Roma, Citta del Vaticano (1969), 145-188.
- SIRMOND, J., *Historia paenitentiae publicae*, Paris 1651.
- SMITH, R. G., *Tertullian and Montanism*, Theology 46 (1943), 127-139.
- STUFLE, J., *Einige Bemerkungen zur Busslehre Cyprianis*, Zeits. für Kath. Theol. 33 (1909), 232-247.
- TIXERONT, J., *Le sacrement de la pénitence dans l'antiquité chrétienne*, Paris 1914.
- VACANDARD, E., *La pénitence publique dans l'Eglise primitive*, Paris 1903 (2 vol.).  
— *Tertullien et les trois péchés irrémissibles*, Rev. du clergé français, 50 (1907), 113-131.  
— *Études de critique et d'Histoire religieuse. Les origines de la confession*, Paris 1910.  
— *La pénitence dans S. Cyprien*, Revue d'Hist. et de Litt. relig. 4 (1913), 422-442.
- VANBECK, A., *La pénitence dans S. Cyprien*, Revue d'Hist. et de Litt. relig. 4 (1913), 422-442.
- VIVÉS, J., *Concilios visigóticos*, Barcelona 1963  
— *Los Padres de la Iglesia. Textos doctrinales del cristianismo desde los orígenes hasta S. Anastasio*.
- VOGEL, C., *Aperçu sur l'évolution historique de la discipline pénitentielle dans l'Eglise latine*, Paris (1961), 147-234.  
— *Le pécher et la pénitence dans l'Eglise ancienne*, Paris 1966.
- XIBERTA, B. M., *Clavis Ecclesiae. De ordine absolutionis sacramentalis ad reconciliationem cum Ecclesia*, Roma 1922.
- XIBERTA, B. R. M., *La doctrina de Orígenes sobre el sacramento de la penitencia*, Reseña eclesiástica, 8 (1926), 237-246, 309-318.
- WATSON, E., *The De opere et eleemosynis of St. Cyprian*, J. Th. St., 2 (1901), 433-438.
- WATKINS, O. D., *A History of Penance*, Londres 1920 (2 vols.) (autor heterodoxo).